

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 25

PATERNIDAD

*“Y vosotros, padres, no provoquéis
a ira a vuestros hijos, sino criadlos
en disciplina y amonestación
del Señor”.*

Efesios 6:4

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

25

Paternidad

Contenido

El padre como profeta, rey, sacerdote	3
<i>William Gurnall (1616-1679)</i>	
Paternidad: Responsabilidad y privilegio.....	4
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
La principal responsabilidad de un padre.....	10
<i>Juan Calvino (1509-1564)</i>	
Dirigir a una familia para Cristo	13
<i>Richard Baxter (1615-1691)</i>	
El padre debe ser piadoso	18
<i>Nicholas Byfield (1579-1622)</i>	
Los padres deben enseñar la Palabra de Dios y orar	24
<i>Thomas Doolittle (1632-1707)</i>	
Los padres y la disciplina.....	28
<i>William Gouge (1575-1653)</i>	
De qué forma pueden los padres provocar a ira a sus hijos	35
<i>Thomas Watson (c. 1620-1686)</i>	
Consejo a los padres reformados	38
<i>Richard Baxter (1615-1691)</i>	
La oración de un padre	48
<i>George Swinnock (1627-1673)</i>	

Publicado por Chapel Library

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2018 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

EL PADRE COMO PROFETA, REY, SACERDOTE

William Gurnall (1616-1679)

Cada padre tiene que cuidar de las almas que le corresponden. Es profeta, rey y sacerdote de su propia casa y de estos cargos surgirá su deber.

En primer lugar, es *profeta* para enseñar e instruir a su familia. A las esposas se les pide que aprendan de su marido, en el hogar (1 Co. 14:35); por tanto, no cabe duda de que ellos han de enseñarles en casa. A los padres se les ordena que instruyan a sus hijos: “Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa” (Dt. 11:19). “Criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4). Ahora bien, existe una enseñanza y exhortación que se lleva a cabo mediante la oración que se eleva a Dios y por medio de las alabanzas a Él, y también cuando catequizamos a nuestros hijos: “Enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16). Que el padre ore con su familia, enseñará a cada miembro de ésta a orar cuando esté a solas. Las confesiones que él haga, las peticiones que eleve y las misericordias que reconozca en su deber familiar son un medio excelente para proporcionarles la materia para su devoción. ¿Cómo puede ser que muchos... hijos, al convertirse ellos mismos en cabeza de familia, son tan incapaces de ser el portavoz de los miembros de ésta delante de Dios en oración? Esto se debe, sin lugar a duda, a que ellos vivieron [durante su infancia] en familias que no oraban y se mantuvieron en la ignorancia de este deber...

Asimismo, es *rey* en su hogar para gobernar a su familia en el temor de Dios... Con Josué, debe declarar: “Yo y mi casa serviremos a Jehová” (Jos. 24:15). ¿Acaso no sería pecado que un príncipe no estableciera la adoración pública a Dios, aunque le sirva en su palacio? Desde luego que sí; por tanto, también es un pecado que el padre no haga lo mismo en su hogar, aunque también ore en su cuarto privado.

En último lugar, es *sacerdote* en su propia casa y, donde hay un sacerdote, debe haber sacrificio. ¿Qué sacrificio [hay] entre los cristianos, sino los sacrificios espirituales de la oración y la acción de gracias? Así, cuando David acabó con las ordenanzas públicas se marchó a su casa para llevar a cabo su deber privado con su familia. “[Entonces] David se volvió para bendecir su casa” (1 Cr. 16:43), es decir, como quien dice, regresó para

adorar a Dios en privado con ellos y suplicar la bendición divina sobre ellos.

Tomado de *The Christian in Complete Armor* (El cristiano vestido de toda la armadura),
The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

William Gurnall (1616-1679): Ministro y autor puritano y anglicano, nació en la parroquia de St. Margaret, en King's Lynn, Norfolk, Inglaterra.



Un padre puede dar las mejores instrucciones, pero si no utiliza la disciplina para eliminar los malos temperamentos, corregir los malos hábitos y reprimir la corrupción desvergonzada, entonces no se puede esperar nada excelente [de él]. Podrá ser un buen profeta y un buen sacerdote, pero si también no es un buen rey, entonces todo lo demás es en vano. —*John Angell James*

PATERNIDAD: RESPONSABILIDAD Y PRIVILEGIO

Arthur W. Pink (1886-1952)

Uno de los rasgos más tristes y trágicos de nuestra civilización del siglo XX¹, es la terrible prevalencia de la desobediencia por parte de los hijos a sus padres durante el tiempo de la infancia y su falta de reverencia y respeto cuando crecen. Esto se manifiesta de muchas formas y es algo general, lamentablemente, incluso en las familias de quienes profesan ser cristianos. En sus extensos viajes durante los pasados treinta años, el escritor ha pernoctado y se ha alojado en muchos hogares. La piedad y la hermosura de algunos de ellos permanecen como memorias sagradas y fragantes, pero otros han dejado las impresiones más dolorosas. Los hijos tercos o malcriados, no sólo viven en perpetua infelicidad, sino que también les infligen malestar a todos los que entran en contacto con ellos. Por su conducta, ya auguran cosas malas para los días que están por llegar.

En la inmensa mayoría de los casos, no culparía tanto a los niños como a los padres. No honrar al *padre*² y a la madre, dondequiera que se encuen-

¹ Por desgracia, esto mismo se aplica a nuestro siglo XXI.

² **Nota del editor** —Téngase en cuenta que varios artículos de este capítulo están dirigidos tanto al padre como a la madre. Con el fin de enfatizar el papel del padre, en ocasiones se ha sustituido *padres* por *padre* en cursivas.

tre [este mal], se debe en gran medida a que los padres se han apartado del patrón bíblico. Hoy en día, el padre cree que ha cumplido con sus obligaciones ya que provee comida y ropa para sus hijos, y actúa de vez en cuando como una especie de policía moral. Con demasiada frecuencia, la madre se contenta con ser una esclava³ del hogar y con adoptar la posición de esclava con sus hijos, en vez de entrenarlos para que sean útiles. Lleva a cabo muchas tareas que sus hijas deberían desempeñar, con el fin de permitirles que tengan libertad para las frivolidades de un grupo de atolondradas⁴. Como consecuencia, el hogar, que debería ser —por su orden, su santidad y su reino de amor— una miniatura del cielo sobre la tierra, ha degenerado hasta convertirse en “una estación de servicio durante el día y en un aparcamiento durante la noche”, como alguien lo expresó de forma concisa.

Antes de perfilar los deberes de los *padres* para con sus hijos, quisiera señalar que los padres no pueden disciplinarlos como es debido, a menos que estos aprendan primero a gobernarse a sí mismos. ¿Cómo pueden esperar dominar la terquedad de sus pequeños y controlar el surgimiento de un carácter airado si permiten que sus propias pasiones reinen libremente? El carácter de los *padres* se reproduce, en un amplio grado, en sus retoños: “Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen” (Gn. 5:3). El *padre*... debe estar en sujeción a Dios si espera recibir obediencia legítima de sus pequeños. En las Escrituras se insiste, una y otra vez, en este principio: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?” (Ro. 2:21).

Al obispo, es decir, al anciano o pastor, se le dice que debe ser alguien “que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)” (1 Ti. 3:4-5). Y si un *padre* no sabe cómo regir su propio espíritu (Pr. 25:28), ¿cómo se ocupará de su prole?

Dios les ha confiado a los *padres* un encargo sumamente solemne, que, a pesar de ello, es un precioso privilegio. No exageramos si decimos que, en sus manos, están depositadas la esperanza y la bendición o, por el contrario, la maldición y la plaga de la siguiente generación. Sus familias son los viveros tanto de la Iglesia como del Estado, y de la forma en que se cultiven *ahora*, así serán sus productos futuros. ¡Oh cuánta oración y cuánto cuidado deberías emplear en el desempeño de lo que se te ha encomendado, tú que eres padre!

Con toda seguridad, Dios te pedirá cuentas por los niños que están en tus manos y es que ellos son de Él y sólo te los ha prestado para que los

³ **Esclava** – Aquí nos referimos a la persona que está acostumbrada al trabajo duro y aburrido.

⁴ **Atolondradas** – Conductas absurdas de gente necia, incapaz de pensamientos serios.

cuides y los protejas. La tarea que se te ha asignado no es fácil, sobre todo en estos días de mal superlativo⁵. Sin embargo, si los padres buscan con confianza y formalidad la gracia de Dios, comprobarán que es suficiente para llevar a cabo esta responsabilidad y cualquier otra. Las Escrituras nos proporcionan normas para que las sigamos, con promesas de las que podemos apropiarnos y, podemos añadir también, con terribles advertencias para que no nos tomemos este asunto a la ligera.

Instruye a tus hijos. Sólo tenemos espacio aquí para mencionar cuatro de los principales deberes delegados en los *padres*. En primer lugar, los padres tienen el deber de instruir a sus hijos. “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Dt. 6:6-7). Esta tarea es demasiado importante como para adjudicársela a otras personas: A los padres y no a los maestros del estudio dominical, es a quienes se les exige que eduquen a sus pequeños. Esto tampoco debe ser algo ocasional o esporádico, sino algo a lo que hay que prestar una atención constante. El glorioso carácter de Dios, los requisitos de su santa Ley, la extremada pecaminosidad del pecado, el maravilloso don de su Hijo y la terrible condenación que es la porción segura para todo aquel que lo desprecie a Él y lo rechace, son cosas que tienes que hacer que tus pequeños consideren una y otra vez. “Son demasiado pequeños para entender estas cosas”, es el argumento del diablo para impedir que tú desempeñes tu deber.

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4). Debemos observar que aquí se habla específicamente al *padre* y es así por dos razones: (1) porque es el cabeza de su familia y se le ha encomendado de forma especial que la gobierne y (2) porque tiene la tendencia a transferir este deber a su esposa. Esta instrucción se tiene que proporcionar a los hijos leyéndoles las Santas Escrituras y desarrollando aquellos temas que concuerden más con su edad. A esto debería seguirle una catequización⁶. Un discurso continuo a los más pequeños no es ni de cerca tan eficaz como cuando se diversifica mediante preguntas y respuestas. Si saben que se les va a formular preguntas sobre lo que estás leyendo, escucharán con mayor atención. Además, el preparar una respuesta, los enseña a pensar por sí mismos. Este tipo de método también resulta útil para que la memoria sea más retentiva⁷, ya que responder a preguntas definidas fija de manera más específica las

⁵ **Superlativo** – Del más alto grado.

⁶ **Catequizar** – Instruir en la fe cristiana mediante preguntas y respuestas.

⁷ **Retentiva** – Capacidad de almacenar hechos y recordar las cosas con facilidad.

ideas en la mente. Obsérvese con cuánta frecuencia Cristo hacía preguntas a sus discípulos.

Sé un buen ejemplo. En segundo lugar, la buena instrucción debe ir acompañada por el buen ejemplo. La enseñanza que sale tan solo de los labios, no tiene probabilidad alguna de penetrar a mayor profundidad que los oídos. Los niños tienen una particular rapidez para detectar las incoherencias y para despreciar la hipocresía. En este punto es en el que los padres necesitan postrarse más ante Dios, buscando *a diario* esa gracia suya que tanto necesitan y que sólo Él puede proporcionar. ¡Qué cuidado tienes que poner en no decir ni hacer algo delante de tus hijos que pudiera tender a corromper sus mentes o tener malas consecuencias para ellos si siguen tu ejemplo! ¡Con cuánta constancia has de estar en guardia contra cualquier cosa que pueda hacerte parecer malo y despreciable a los ojos de aquellos que deberían respetarte y venerarte! El *padre*, no sólo debe instruir a sus hijos en los caminos de la santidad, sino que él mismo tiene que caminar delante de ellos por esas sendas y mostrar por su práctica y su conducta lo agradable y provechoso que es seguir las normas de la Ley Divina.

En el hogar cristiano, el objetivo supremo debería ser la piedad de la familia, honrar a Dios en todo tiempo. Todo lo demás debe subordinarse a este elevado propósito. En el asunto de la vida familiar, ni el esposo ni su esposa pueden echarse, el uno al otro, toda la responsabilidad del carácter piadoso del hogar. A la madre se le exige, sin lugar a dudas, que suplemente los esfuerzos del padre porque los niños pasan más tiempo en su compañía que en la de él. Si existe una tendencia en el padre de ser demasiado estricto, la madre tiende a ser demasiado flexible y benévola; es necesario que ella tenga la guardia muy arriba contra cualquier cosa que pudiera debilitar la autoridad del esposo. Cuando él ha prohibido algo, ella no debe dar su consentimiento para que se haga. Resulta impresionante observar que la exhortación de Efesios 6:4 va precedida por la instrucción de “sed llenos del Espíritu” (5:18), mientras que la exhortación paralela en Colosenses 3:21 va precedida por la amonestación de dejar que “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (3:16), mostrando que los padres no pueden llevar a cabo sus deberes, a menos que estén llenos del Espíritu y de la Palabra.

Disciplina a tus hijos. En tercer lugar, la enseñanza y el ejemplo deben ir reforzados por la corrección y la disciplina. Esto significa, principalmente, el ejercicio de la autoridad, el reinado adecuado de la Ley. Del “padre de los fieles”, Dios dijo: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Gn. 18:19). Medita en esto cuidadosamente, padre cristiano. Abraham hizo mucho más que proferir buenos consejos: Impuso la ley y el

orden en su casa. Las normas que administró tenían por designio el guardar “el camino del Señor”, lo que era correcto ante sus ojos. Y el patriarca cumplió este deber para que la bendición de Dios pudiera reposar sobre su casa. Ninguna familia puede dirigirse de la forma adecuada sin leyes domésticas que incluyan recompensa y castigo; y son especialmente importantes al principio de la infancia, cuando el carácter moral no está formado aún y los motivos morales no se entienden ni se aprecian.

Las normas deberían ser simples, claras, razonables e inflexibles como los Diez Mandamientos, unas cuantas reglas morales importantes, en lugar de una multitud de restricciones insignificantes. Una de las formas de provocar a ira a los hijos, sin necesidad, es obstaculizarlos con mil limitaciones triviales y reglas minuciosas y caprichosas que se deben al carácter meticuloso y difícil de complacer de los padres.

Es de vital importancia para el bien futuro del niño que se le enseñe a estar sujeto desde temprana edad. Un niño sin formación en este ámbito significa un adulto rebelde. Nuestras prisiones están llenas de personas a las que se les permitió vivir a su manera cuando eran menores de edad. La más mínima ofensa de un niño contra quienes gobiernan el hogar no debería pasar sin corrección porque si percibe indulgencia en una dirección o hacia una falta, esperará lo mismo con respecto a las demás. Y, entonces, la desobediencia se volverá más frecuente hasta que los padres ya no puedan controlarlo, sino por la fuerza bruta.

La enseñanza de las Escrituras es clara como el cristal sobre este punto: “La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él” (Pr. 22:15; cf. 23:13-14). Por tanto, Dios ha dicho: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Pr. 13:24). Y también: “Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo” (Pr. 19:18). Que no te detenga un necio cariño hacia él. Ciertamente, Dios ama a sus hijos con un afecto paternal, mucho más profundo del que tú puedas sentir jamás por los tuyos y, aun así, nos dice: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Ap. 3:19; cf. He. 12:6). “La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Pr. 29:15). Este tipo de severidad se debe usar en los primeros años del niño, antes de que la edad y la obstinación lo hayan endurecido contra el temor y el escozor de la corrección. Descuida la vara y habrás malcriado al niño; no la uses sobre él y estarás guardando una para tu propia espalda.

A estas alturas, no debería ser necesario indicar que los versículos citados más arriba no enseñan que un reino de terror deba marcar la vida del hogar. Se puede gobernar y castigar a los niños de un modo que no pierdan el respeto y el afecto por su *padre*. Ten cuidado de no amargarles el

carácter mediante exigencias poco razonables o de provocar su ira al golpearlos para desahogar tu propia rabia. El *padre* no debe castigar al hijo desobediente porque esté enojado, sino porque es lo correcto, porque Dios lo requiere y el bienestar del hijo lo exige. No amenaces nunca si no tienes la intención de llevar a cabo lo que has anunciado, ni hagas una promesa que no piensas cumplir. Recuerda que es bueno que tus hijos estén bien informados, pero mejor aún es que estén bien controlados.

Presta mucha atención a las influencias inconscientes de los entornos del niño. Estudia la forma de hacer que tu hogar sea atractivo sin introducir cosas carnales y mundanas, mediante nobles ideales e inculcándoles un espíritu de generosidad por medio de una comunión cordial y feliz. Separa a los pequeños de las malas compañías. Supervisa con precaución los periódicos y libros que entran en tu casa, los invitados ocasionales que se sientan a tu mesa y las compañías que forman tus hijos. Los padres dejan, a menudo y sin cuidado, que tengan libre acceso a sus hijos, personas que socaban su autoridad, que revocan sus ideales para sus hijos y que, antes de que se den cuenta, han sembrado semillas de frivolidad e iniquidad en ellos. No permitas jamás que tus hijos pasen la noche entre extraños. Educa a tus hijos de manera que tus hijas sean miembros útiles y serviciales en su generación y tus hijos trabajadores y económicamente independientes.

Ora por tus hijos. En cuarto lugar, el último y más importante deber, que tiene que ver con el bien temporal y espiritual de tus hijos, es la súplica ferviente a Dios por ellos. Sin esto, nada de todo lo demás tendrá efecto. Los medios no sirven de nada, a menos que el Señor los bendiga. Al “trono de la gracia” (He. 4:16) han de subir tus súplicas fervientes para que tus esfuerzos a la hora de criar a tus hijos para Dios se vean coronados por el éxito. Ciertamente es que debe haber una sumisión humilde a su voluntad soberana, un inclinarse ante la verdad de la elección. Por otra parte, está el privilegio de la fe de apropiarse de las promesas divinas y recordar que “la oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16). Sobre el santo Job se menciona, con respecto a sus hijos e hijas, que “se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos” (Job 1:5). Un ambiente de oración debería impregnar el hogar de modo que todos aquellos que lo comparten puedan respirarlo.

Tomado de *Studies in the Scriptures* (Estudios de las Escrituras),
publicado en inglés por CHAPEL LIBRARY.

Arthur W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia; nació en Nottingham, Inglaterra.



LA PRINCIPAL RESPONSABILIDAD DE UN PADRE

Juan Calvino (1509-1564)

“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”. —Génesis 18:19

Observemos... que aquí se nos dice que Dios sabe que Abraham instruirá a sus hijos para que anden en su camino después de él. En primer lugar, está la instrucción y, a continuación, se indica de qué tipo tiene que ser ésta. En otras palabras, se nos da a conocer la naturaleza de dicha instrucción y también de cómo ésta se extiende más allá de la muerte. Por tanto, en la persona de Abraham, vemos cuál es la responsabilidad de todos los creyentes, principalmente la responsabilidad de los padres de familia a quienes Dios establece como cabeza de ésta y a quienes Él dio vida, hijos y siervos para que fueran diligentes a la hora de enseñarlos. Y es que cuando el padre tiene hijos, su responsabilidad no consiste tan solo en alimentarlos y vestirlos, sino que su *principal* cometido reside en guiarlos para que sus vidas estén bien reguladas; en dedicar su completa atención a ello...

Dios valora la piedad de su siervo Abraham y ésta se demuestra en el esfuerzo que realizará para servirle y honrarlo, y guiar a su familia y a todos los que están a su cargo, porque se declara de forma particular que los enseñará a caminar en la senda del Señor. Por consiguiente, vemos la naturaleza del tipo adecuado de instrucción, porque puede suceder que alguien sea bastante cuidadoso al proporcionar muchas normas y numerosas leyes sin proveer la estabilidad necesaria. No puede existir un fundamento sobre el que edificar, a menos que Dios domine y que las personas le obedezcan y se conformen a su Palabra. Esto es, pues, lo que debemos recordar.

Cuando los padres de familia y aquellos que tienen cierta preeminencia se preparan para enseñar, no deben ser presuntuosos y pensar: “Esto me parece bien a *mi*”, e intentar que todos se sujeten a su opinión y sus conceptos. “¿Cómo? ¿Enseñaré lo que aprendí de Dios en su escuela?”. Lo que debemos recordar de este pasaje es, en resumen, que nadie será jamás un buen maestro, a menos que sea alumno de Dios. Por tanto, que no haya una autoridad docente que promueva lo que inventamos y aquello que nuestra mente proponga, sino aprendamos de Dios para que sea Él quien domine y el único que tenga toda preeminencia; que tanto grandes como

pequeños lleguen a la conformidad con Él y le obedezcan. Así, hemos tratado ya este tipo de instrucción.

En aquel tiempo no había ley escrita y mucho menos Evangelio; sin embargo, Abraham conocía la voluntad de Dios hasta el punto necesario. De modo que el patriarca no disponía de las Escrituras, pero aun así no se atrevió ni intentó establecer leyes a su gusto. Más bien, él le pide solamente a Dios que gobierne y que les muestre el camino a todos los demás y que los guíe porque él no desea que su consejo sea “vayamos por el camino que yo digo”, sino “les estoy enseñando lo que he aprendido de Dios. A Él sea todo el dominio¹ y sea yo maestro sólo si hablo como por su boca”. Éste es el segundo punto que debemos recordar aquí.

De manera que lo que debemos observar aquí, es que quienes son cabezas de familia deben pasar por la dificultad de ser instruidos en la Palabra de Dios, si quieren poder realizar su deber. Si son necios, si desconocen los principios básicos de la doctrina o de su fe y no conocen los mandamientos de Dios o cómo ofrecer su oración a Él, o cuál es el camino de la salvación, ¿cómo instruirán a sus familias? Tanto más, deben pensar quienes son esposos y tienen una familia, una casa que gobernar: “Debo establecer mi lección en su Palabra para que yo, no sólo intente gobernarme a mí mismo según su voluntad, sino que también aporte a ella, al mismo tiempo, a los que están bajo mi autoridad y mi dirección”.

Ahora, en tercer lugar, Abraham enseñará a su familia a caminar en el temor del Señor después de su muerte, como si se dijera que el hombre fiel, no sólo debe conseguir honra para Dios y vivir el mañana, sino que debe dejar una buena semilla para después de su muerte porque la Palabra de Dios es la simiente incorruptible de la vida: Perdura para siempre. Y aunque el cielo y la tierra tiendan a la corrupción y pasarán, la Palabra de Dios retendrá *siempre* su poder (cf. Mt. 24:35; Is. 40:8; 55:11). Por tanto, tiene una razón para morir con nosotros, se extingue cuando Dios nos retira de este mundo y nos llevamos todo con nosotros a la tumba. No obstante, aun siendo débiles y mortales y, aunque tengamos que partir de este mundo, trabajemos para dejar la Palabra de Dios aquí con una raíz. Y cuando muramos y hayamos vuelto al polvo, que Dios sea honrado y que su recuerdo permanezca para siempre. Esto es, pues, lo que debemos recordar...

Ahora bien, dado que Dios habló de ese modo, está diciendo que los hijos de Abraham, a quienes él enseñará, harán *justicia* y *juicio*. Con estas dos palabras, las Escrituras encierran lo que concierne a la segunda tabla de la Ley. Moisés afirma que harán justicia y juicio. Esto nos muestra cuál es el camino de Dios y cómo demostraremos nuestra obediencia a Él. Y es que

¹ **Dominio** – La condición de ser quien gobierne, autoridad.

estas dos palabras... implican rectitud y equidad² para que seamos bondadosos, nos entreguemos a la caridad³, nos ayudemos los unos a los otros, protejamos el derecho de todos y no defraudemos, que nos abstengamos de hacer el mal y de ser violentos unos con otros e, incluso, que ayudemos a quienes necesitan nuestra ayuda.

No obstante, ciertamente en la Ley de Dios sólo hay justicia y juicio. En la primera tabla, vemos cómo debemos adorar a Dios, reverenciar su nombre y poner en práctica el invocarle y confiar en Él para que nos consagremos de esta forma a su servicio y nos dediquemos a ello. Todo esto se denomina, de manera adecuada, justicia y juicio.

Como ya dije, esto incluye, con frecuencia, a nuestros vecinos y la norma de vivir correctamente con los hombres en honradez y equidad; pero ésta es una forma corriente de hablar en las Escrituras y los profetas están llenos de ella (*cf.* Is. 1:27; 5:16; 28:17). Cuando tratan con la Ley de Dios, en ocasiones, se apartan de la primera tabla y hablan de rectitud y equidad. Protestan contra el fraude, la violencia, el robo y cosas por el estilo. En resumen, todo esto indica la totalidad al mencionar una parte. De esta manera, aunque aquí sólo encontremos un tipo y una porción del camino de Dios, no obstante, Él quiso declarar, en general, que Abraham enseñaría a su familia a gobernarse a sí misma en toda equidad y rectitud para que ninguno de ellos se levantara contra su vecino, para que nadie cometiera fraude ni hiciera el mal. Esto es lo que tenemos que recordar.

Tomado de *Sermons on Genesis, chapters 11-20* [Sermones sobre Génesis, capítulos 11-20] (Edinburgo: The Banner of Truth Trust, 2012), usado con permiso, www.banneroftruth.org.

Juan Calvino (1509-1564): Teólogo, pastor e importante líder francés durante la Reforma protestante; nació en Noyon, Picardía, Francia.



Muchos se esmeran por educar a sus hijos para obtener favor ante hombres de importancia, pero ¿quién criará a sus hijos en el temor del gran Dios? — *George Swinnock*

Los padres... deben guiar a sus familias en las cosas de Dios. Deben ser profetas, sacerdotes y reyes en sus propias familias y, como tales, deben mantener la doctrina, la adoración y la disciplina familiar. —*Matthew Henry*

² **Equidad** – Justicia.

³ **Caridad** – Benevolencia para con el prójimo; provisión para el alivio del pobre. En algunas versiones es equivalente a *Amor*.

DIRIGIR A UNA FAMILIA PARA CRISTO

Richard Baxter (1615-1691)

El principal requisito para gobernar la familia de la forma correcta es la idoneidad de quienes la rigen y de aquellos que son regidos por ellos... Sin embargo, si las personas que se han unido no son idóneas para mantener una relación familiar, su primer deber consiste en arrepentirse de su anterior pecado y de su imprudencia, y acudir de inmediato a Dios, procurando esa idoneidad necesaria para el correcto desempeño de los deberes de sus distintos rangos. En los *padres*, hay tres cosas sumamente necesarias para desempeñar este cometido: 1. Autoridad; 2. Habilidad; 3. Santidad y buena disposición.

1. LOS PADRES DEBEN MANTENER SU AUTORIDAD EN LA FAMILIA porque, si alguna vez la pierden y aquellos a los que deberían gobernar los desprecian, su palabra no tendrá ya efecto alguno en ellos. Será como montar a caballo, pero sin brida: El poder de gobernar desaparece cuando se pierde la autoridad. Y aquí debes comprender primero la naturaleza, el uso y el límite de tu autoridad porque, así como tu relación es diferente con tu esposa y con tus hijos, también lo es tu autoridad. Tu potestad sobre tu esposa es tan solo la necesaria para que haya orden en tu familia, para una administración segura y prudente de los asuntos domésticos y para una cohabitación cómoda. El poder del amor y el genuino interés tienen que lograr más que las órdenes autoritarias. Tu autoridad sobre tus hijos es mucho mayor, pero sólo se necesita aquella que se combina con el amor para darles una buena educación y proporcionarles felicidad... Observa estas directrices para mantener tu autoridad:

Primera: *Haz que tu familia entienda que tu autoridad procede de Dios, el Dios del orden, y que en obediencia a Él están obligados a obedecerte a ti.* “No hay autoridad sino de parte de Dios” (Ro. 13:1) y no existe ninguna autoridad que la criatura inteligente pueda reverenciar tanto como aquella que viene de Dios. Todos los lazos que no son percibidos como divinos son desechados, no sólo por el alma, sino también por el cuerpo. La conciencia iluminada les dirá a los ambiciosos usurpadores: “A Dios lo conozco y a su Hijo Jesús también, pero ¿quién eres tú?”.

Segunda: *Cuanto más se vea de Dios en ti, en tu conocimiento, santidad y en una vida irreproachable, mayor será tu autoridad a los ojos de toda tu casa que tiene temor de Él.* El pecado te hará despreciable y vil; la santidad, como imagen de Dios que es, te hará honorable. A los ojos de los fieles, “el vil es menospreciado”, pero honran “a los que temen a Jehová” (Sal. 15:4). “La

justicia engrandece a la nación —y a la persona— mas el pecado es afrenta de las naciones” (Pr. 14:34). Los que honran a Dios recibirán honra de Él y aquellos que lo desprecian serán tenidos en poco (1 S. 2:30). Quien se abandona a los afectos y las conversaciones viles¹ (Ro. 1:26) parecerá abominable por haberse convertido en una persona infame como los hijos de Elí se envilecieron por su pecado (1 S. 3:13). Sé que los hombres deberían discernir y honrar a la persona que ostenta la autoridad que Dios le ha concedido, por mucho que puedan ser moral y naturalmente viles; pero esto es tan difícil que rara vez se hace bien. Y Dios es tan severo con los ofensores orgullosos que suele castigarlos haciéndolos infames a los ojos de los demás. Como poco, cuando estén muertos y los hombres se atrevan a hablar libremente de ellos, su nombre se pudrirá (Pr. 10:7). Los ejemplos de los mayores emperadores del mundo —persas, romanos y turcos— nos dicen que si (por la prostitución, la embriaguez, la glotonería, el orgullo y, en especial, la persecución) se envilecen, Dios permitirá que se conviertan en la vergüenza y el escarnio de los hombres, descubriendo su desnudez. ¿Y cree el *padre* impío que mantendrá su autoridad sobre los demás cuando él se rebela contra la autoridad de Dios?

Tercera: *No muestres tu debilidad natural mediante pasiones, palabras y hechos imprudentes.* Y es que si piensan en ti con desdén, cualquier insignificancia hará que desprecien tus palabras. En el hombre existe, naturalmente, tan alta estima por la razón que con dificultad se le convence de que se rebele contra ella para ser gobernado (en beneficio del orden) por la necesidad. Es muy apto para pensar que la razón más correcta debería dominar. Por tanto, cualquier expresión estúpida o débil, cualquier pasión desordenada o cualquier acto imprudente es muy capaz de hacerte *despreciable* a los ojos de tu familia.

Cuarta: *No pierdas tu autoridad por usarla de forma negligente.* Si consientes que los hijos... tomen el liderazgo, aunque sólo sea por un momento y que tengan, digan y hagan lo que quieran, tu gobierno no será más que un nombre o una imagen. El curso moderado entre el rigor señorial y una suave sujeción... te protegerá mejor del desdén [de tu familia].

Quinta: *No pierdas tu autoridad por conceder demasiada familiaridad.* Si conviertes a tus hijos... en tus compañeros de juego o en tus iguales, y les hablas y les permites que te hablen como colegas, rápidamente se pondrán por encima de ti y esto se convertirá en una costumbre. Aunque otro pueda gobernarlos, rara vez soportarán que lo hagas tú y repudiarán el sujetarse a ti por haberse relacionado una vez contigo de igual a igual.

2. TRABAJA PARA QUE HAYA HABILIDAD Y PRUDENCIA EN TU FORMA DE GOBERNAR. Aquel que emprende la labor de *padre*, también asume el go-

¹ **Afectos y conversaciones viles** —Lujurias vergonzosas y un estilo de vida escandaloso.

bierno sobre los suyos y cuando se trata de un asunto de tanta importancia, no es pecado pequeño ocupar un lugar para el que no estás totalmente capacitado. Te resultaría más fácil discernir esto en un caso ajeno a ti, si un hombre acomete ser maestro de escuela sin saber leer ni escribir; o ser médico y desconocerlo todo sobre enfermedades y remedios; o ser un piloto sin tener la más mínima idea de cómo desempeñar dicho trabajo; ¿cómo es, pues, que no lo puedes discernir mucho mejor en tu propio caso?

Primera: *Para conseguir la destreza de un gobierno santo es necesario que hayas estudiado bien la Palabra de Dios.* Por tanto, Él manda a los reyes mismos que lean la Ley todos los días de su vida (Dt. 17:18-19) y que ésta no se aparte nunca de su boca, sino que mediten en ella de día y de noche (Jos. 1:8). Del mismo modo, todos los *padres* deben ser capaces de enseñarla a sus hijos y hablar de ella, tanto en casa como fuera de ella, al acostarse y al levantarse (Dt. 6:6-7; 11:8-9). Todo gobierno de los hombres no es más que algo subordinado al gobierno de Dios para fomentar la obediencia a sus leyes...

Segunda: *Entiende bien las distintas personalidades que haya en tu familia y trata con cada una de ellas tal como son y del mejor modo que ellos lo puedan llevar; no te comportes con todos de la misma manera.* Algunos son más inteligentes y otros son más torpes. Unos tienen una disposición más tierna y otros más endurecida. Algunos estarán más forjados en el amor y la bondad, y otros tendrán necesidad de agudeza y severidad. La prudencia debe hacer que la forma en que los tratas encaje con su temperamento.

Tercera: *Debes diferenciar entre sus diversas faltas y tus reprensiones deberán encajar del modo más adecuado.* Los más obstinados deberán ser reprendidos con mayor severidad, junto con los que sean culpables en asuntos de mayor peso. Algunas faltas se cometen por la mera incapacidad y la inevitable fragilidad de la carne, y manifiestan poco de la voluntad. Estas deben gestionarse con mayor suavidad porque merecen más compasión que reprobación. Algunos son vicios habituales y toda su naturaleza es más desesperadamente depravada que otros. En esos casos, se debe aplicar algo más que una corrección particular. Hay que conducirlos al curso de vida que sea más eficaz para destruir y cambiar esos hábitos. Algunos son rectos en el fondo; sin embargo, en las cosas principales y más trascendentales son culpables, al menos, de algunas faltas reales y, de estas, algunas son más escasas y otras más frecuentes. Si no diversificas con prudencia tus reprensiones según sean sus faltas, no conseguirás más que endurecerlos y no lograrás el propósito de tu disciplina. Y es que existe una justicia familiar que no debe ser derrocada, a menos que derribes a tu propia familia, como también hay necesidad de una justicia más pública por el bien público.

Cuarta: *Sé un buen marido para tu esposa, un buen padre para tus hijos y que sea el amor el que domine en todo tu gobierno, para que tu familia pueda descubrir con facilidad que obedecerte es algo en su propio beneficio.* El interés y el amor propio son los regidores naturales del mundo. Es, asimismo, la forma más eficaz de procurar la obediencia o cualquier otro bien, el hacer que los hombres perciban que es para su propio provecho y emplear su amor propio de forma que ellos puedan ver que el beneficio es para ellos. Si no les procuras bien alguno y eres amargado, descortés y de puño cerrado² con ellos, pocos se dejarán gobernar por ti.

Quinta: *Si quieres ser hábil a la hora de gobernar a otros, aprende primero a gobernarte a ti mismo con exactitud.* ¿Acaso podrías esperar que otros estén bajo tu voluntad y tu propio gobierno antes que tu mismo? ¿Está capacitado un impío para gobernar a su familia en el temor de Dios si él no le teme? ¿Es apto para protegerlos de la pasión, de la embriaguez, de la glotonería, de la lujuria o de cualquier tipo de sensualidad cuando él no es capaz de apartarse de todo ello? ¿Acaso tu familia no menospreciará tus reprobaciones si tú mismo las contradices en tu vida? Sabes que esto es así en el caso de los predicadores impíos: ¿no ocurre esto también con todos los que están en alguna posición de gobierno?

3. QUIEN QUIERA SER UN GOBERNADOR SANTO DE SU FAMILIA DEBERÁ SER UNA PERSONA SANTA. Las acciones de los hombres siguen la inclinación de su disposición. Actuarán según sean. Un enemigo de Dios no gobernará a su familia *para* Dios, como tampoco un enemigo de la santidad (ni alguien ajeno a ella) establecerá un orden santo en su casa ni gestionará sus asuntos de un modo santo. Sé que para la carne es más fácil llamar a *otros* a la mortificación del pecado y a la vida de santidad que aplicarlas a nosotros mismos; pero cuando no se trata de una orden sin más o de un deseo sin fundamento, sino del curso de un gobierno santo y laborioso, las personas impías —aunque algunas puedan llegar lejos— no tienen los fines ni los principios que requiere una obra como ésta.

Primera: *Con este fin, asegúrate de que tu propia alma esté por completo sujeta a Dios y de obedecer sus leyes con mayor cuidado del que esperas de cualquier miembro de tu familia cuando obedecen tus órdenes.* Si te atreves a desobedecer a Dios, ¿por qué deberían ellos temer desobedecerte a ti? ¿Acaso puedes tu vengar la desobediencia con mayor severidad o recompensarla con mayor abundancia que Dios? ¿Te crees mayor y mejor que Dios mismo?

Segunda: *Asegúrate de hacer tesoro en el cielo y que el fin dominante supremo sea el disfrute de Dios en la gloria, tanto en los asuntos como en el gobierno de tu familia y todo lo demás que te ha sido encomendado.* Dedícate tú y todo lo que

² Puño cerrado – Avaro.

tienes a Dios y hazlo todo por Él. Si te *apartas* así para Dios, eres santificado; entonces separarás todo lo que tienes para su uso y servicio...

Tercera: *Mantén la autoridad de Dios en tu familia con mayor cuidado que la tuya propia.* Tu autoridad no existe sino por la suya. Repréndelos o corrígelos con mayor dureza cuando ofenden o deshonran a Dios que cuando lo hagan contigo. Recuerda el triste ejemplo de Elí: No le quites importancia a ninguno de los pecados de tus hijos, en especial, los de mayor relevancia... Honrar a Dios debe ser lo más grande en tu familia y servirle a Él ha de tener preeminencia sobre el servicio de ella a ti. El pecado contra Él debe ser la ofensa más intolerable.

Cuarta: *Que el amor espiritual hacia tu familia predomine; preocúpate por salvar su alma y que tu compasión sea mayor en sus miserias espirituales.* Pon primeramente cuidado en proporcionarles una porción en el cielo y salvarlos de cualquier cosa que pudiera privarlos de ella. No prefieras nunca el vil metal³ de la tierra a las riquezas eternas. No te abrumes con muchas cosas hasta el punto de olvidar lo único necesario, sino escoge para ti y para ellos la mejor parte (Lc. 10:42).

Tomado de “A Christian Directory” en *The Practical Works of Richard Baxter* (Las obras prácticas de Richard Baxter), Tomo 4, Soli Deo Gloria, una sección de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

Richard Baxter (1615-1691): Predicador y teólogo puritano anglicano, nacido en Rowton, Shropshire, Inglaterra.



El santo Jacob, ese patriarca de renombre, fue un profeta que instruyó a su familia en la religión verdadera y un rey que los gobernó en nombre de Dios; y también fue un sacerdote quien edificó un altar [y] ofreció sacrificios y llevó a cabo la adoración religiosa a favor de su familia y junto con ésta. Aun el hombre más pobre que tiene una familia debe ser un profeta, un sacerdote y un rey en su propia casa. —*Oliver Heywood*

Esa misma curiosidad de los niños es una oportunidad para que las personas mayores que los rodean les enseñen sobre las asombrosas obras de Dios, de modo que sus mentes sean informadas y sus corazones se maravillen ante sus perfecciones. Pero ten muy en cuenta que es el padre (el “cabeza” de familia) quien tiene la mayor responsabilidad de asegurarse de enseñar las cosas de Dios a sus hijos (Ef 6:4). No debe dejarle esta tarea a su esposa y, aún menos, a los maestros del estudio dominical. —*Arthur W. Pink*

³ **Vil metal** – Riqueza y posesiones temporales.

EL PADRE DEBE SER PIADOSO

Nicholas Byfield (1579-1622)

Las señales del verdadero cristiano que posee la verdadera gracia en este mundo y que será salvo en el cielo cuando muera puede dividirse en dos catálogos¹: Uno más breve y el otro más amplio. Uno de estos catálogos lo describe con unas marcas que lo distinguen externamente entre todos los hombres. La amplia categoría a la que me refiero de manera especial, como forma más infalible y eficaz de prueba, contiene señales que en su mayoría no son observadas por otros hombres o, por lo menos, no de forma completa, sino que le son conocidas a él y que no se pueden hallar en alguien reprobable².

En la primera categoría del catálogo: El verdadero cristiano suele descubrirse por estas marcas.

1. No participará “en las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11). No caminará “en consejo de malos” ni se detendrá “en camino de pecadores” (Sal. 1:1). No se asociará con hacedores de iniquidad (2 Co. 6:14-18).

2. Afligirá y humillará su alma por sus pecados, lamentando y llorando por ellos... Considera que sus pecados son su mayor carga. No puede burlarse del pecado.

3. Se esfuerza para ser santo en todas sus conversaciones, vigilando sus propios caminos en todo momento y en todas las compañías (Sal. 50:23; 2 P. 3:11).

4. Toma conciencia del menor de los mandamientos como del mayor, evita el lenguaje sucio, las bromas vanas y la lascivia³ (Ef. 5:4), así como la prostitución, los juramentos menores y también los mayores, los discursos que puedan ser causa de reproche, así como los actos violentos.

5. Ama, estima y se esfuerza en la poderosa predicación de la Palabra por encima de todos los tesoros terrenales.

6. Honra y considera a los piadosos, y se deleita en la compañía de aquellos que de verdad temen a Dios por encima de todos los demás (Sal. 15).

7. Es cuidadoso en la santificación del [Día de Señor]; no se atreve a violar el santo descanso por trabajar ni desatiende los santos deberes que pertenecen al servicio de Dios, en público ni en privado (Is. 56, 58).

¹ **Catálogo** –Lista completa de cosas que se suele disponer de forma sistemática.

² **Reprobable** – Alguien susceptible de ser réprobo, es decir, rechazado por Dios.

³ **Lascivia** – Inclinación a la lujuria o a los deseos sexuales.

8. No ama al mundo ni las cosas que en él hay (1 Jn. 2:15), sino que le afectan con sinceridad las cosas que conciernen a una vida mejor. Así ama, en cierta medida, la venida de Cristo (2 Ti. 4:8).

9. Es benigno (Stg. 3:17). Perdona a sus enemigos, desea la paz y hace el bien a los que lo persiguen, si está en sus manos (Mt. 5:44-45).

10. Sigue en la profesión de la sinceridad del evangelio cuyos deberes realiza, según sabe que Dios se lo requiere en el asunto de su alma, a pesar de las oposiciones de las personas profanas o la aversión de los amigos carnales.

11. Establece una rutina diaria de servicio a Dios y lo hace también con su familia, si es que la tiene. Se ejercita en la Palabra de Dios como gozo principal de su corazón y como el refugio diario de su vida, pidiéndole ayuda a Él continuamente. Estas son las señales del catálogo más breve.

[Segundo catálogo:]... Ahora, con la ayuda de Dios, para ayudar a los cristianos más débiles... procuraré expresarme en esta doctrina de poner a prueba el estado del verdadero cristiano, en un examen más claro y fácil. Dejaré... este nuevo catálogo a la bendición de Dios y a la libre elección de cómo quiera usarlo el lector piadoso, según le resulte más agradable a su propio gusto, ya que ambos están justificados y fundados en la prueba infalible de la inmutable verdad de Dios...

En las Escrituras existen tres tipos de lugares (en mi opinión) que apuntan a las razones de infalible seguridad en aquellos que puedan alcanzarlas. *Primero*, señalo esos lugares que afirman de manera expresa que tales y tales cosas son señales. Por ejemplo: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1 Jn. 3:14). Aquí, el Espíritu Santo nos muestra de forma manifiesta que el amor de los hermanos es una señal por la cual el cristiano puede saber que ha pasado de muerte a vida. Por tanto, el apóstol Pablo nos proporciona detalles para que sepamos si la aflicción de ellos era *piadosa* o no (2 Co. 7:11). Así también el profeta David (Sal. 15) quien proveyó diversas señales por las que se puede conocer al hombre que mora en el santo monte de Dios. El apóstol Santiago también nos dice cómo podemos conocer la sabiduría de lo alto: Reconociendo los frutos y los efectos de ésta (Stg. 3:17). El apóstol Pablo también nos indica cómo podemos saber si tenemos el Espíritu de Cristo en nosotros o no (Ro. 8:9, 15; Gá. 5:22; 4:6-7).

En segundo lugar, descubro señales que marcan para qué tipo de gracias en el hombre están hechas las promesas de Dios. Y es que razono de este modo: *Cualesquiera que sean los dones de Dios en el hombre, que lo lleven al alcance de las promesas de la misericordia eterna de Dios, ese don debe ser una señal infalible de salvación...* Por tanto, el hombre que puede encontrar esos dones en sí mismo será, ciertamente, salvo. Por ejemplo, el reino de los

cielos se ha prometido a los que son “*pobres en espíritu*” (Mt. 5:3). A partir de ahí, entiendo que esa pobreza de espíritu es una señal infalible. Puedo decir lo mismo del amor a la Palabra, la rectitud del corazón, del amor de Dios y del amor a la venida de Cristo.

En tercer lugar, encuentro otras señales mediante la observación de lo que los hombres piadosos han dicho por sí mismos en las Escrituras, cuando han aducido a su propia prueba del interés que tienen en el amor de Dios o la esperanza de una mejor vida. Considera cómo han demostrado que no eran hipócritas. Cualquier cristiano puede probar del mismo modo que tampoco lo es. Por ejemplo, Job, acusado de hipocresía y prostrado bajo la dura mano de Dios, defiende su causa y demuestra que no es un hipócrita, aludiendo a su constancia en los caminos divinos y su incesante estima por la Palabra de Dios: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:10-12).

Ahora, aunque algunas señales son *generales* y podrías dudar de la exposición⁴, a saber, de qué forma es infalible esa señal en tal o tal sentido... puedes observar que presento la señal tal como se expone en varios otros versículos. Por ejemplo, el amor de los hermanos es una prueba general. Ahora bien, ¿cómo sabré que tengo el amor apropiado por los hermanos? Esto lo explico yendo a otros versículos en los que se alude a las explicaciones particulares de esta señal.

1. La primera forma en que un cristiano puede probarse a sí mismo es, pues, examinarse en su humillación por el pecado, si es correcta o no. Y es que bajo este epígrafe se abarca la explicación de la doctrina de la pobreza de espíritu y de la tristeza piadosa y, por tanto, en general, del arrepentimiento de los pecados.

En este asunto de la humillación, el verdadero cristiano demuestra haber alcanzado aquello que ningún reprobado podría lograr jamás y esto es evidente en diversos detalles, tal como, en primer lugar, tener una visión y un sentido verdadero de sus pecados. Discierne la pecaminosidad de su vida, pasada y presente; está afectado y afligido bajo la carga de sus ineptitudes o faltas y sus corrupciones diarias. Ve su miseria en lo que respecta a sus pecados (Mt. 11:29; 5:4).

2. Tiembla ante la Palabra de Dios y teme su desagrado, aunque no flaquea por sus amenazas (Is. 66:1-2).

3. Renuncia a sus propios méritos y rechaza toda opinión de que la verdadera felicidad radica en sí mismo o en ningún otro bajo el sol. [Está] plenamente convencido de que no puede salvarse por ninguna obra que

⁴ **Dudar de la exposición** –Dudar de la interpretación del autor.

pueda hacer ni ser feliz disfrutando con las cosas mundanas⁵. Por tanto, está decidido por completo a buscar el bien supremo del favor de Dios, sólo en Jesucristo.

4. Llorar con sinceridad y en secreto por sus pecados, así [se lamenta] 1. por todos los tipos de pecados, los secretos y los conocidos; por los pecados menores y los mayores; por los males presentes de su naturaleza y de su vida, así como de los pecados que ha amado, que le han resultado en ganancia y que le han complacido. Sí, sufre por el mal que se adhiere a sus mejores obras y también por sus malas obras (Is. 6:5, 1:16; Ro. 7:24; Mt. 5:6). 2. Por el pecado en sí y no porque le traiga, o pudiera acarrearle, vergüenza o castigos en esta vida, o en el infierno. 3. Está tan afligido por sus pecados, como acostumbraba a estarlo o como lo está ahora, por las cruces en su estado⁶. Se lamenta con la misma sinceridad por las tristezas que cayeron sobre el Hijo de Dios por su pecado, como si *él* hubiera perdido a su único hijo (Zac. 12:10-11) o, al menos, se esfuerza en esto y se juzga a sí mismo si las aflicciones mundanas lo preocupan más que sus pecados (Sal. 38:5).

5. Sufre de verdad y se enoja en el alma por las abominaciones que otros cometen para deshonra de Dios, para difamar a la religión verdadera o para la perdición de las almas de los hombres, como Lot (2 P. 2:7), David (Sal. 119:136) y los lamentadores señalados para el propio pueblo de Dios (Ez. 9:4).

6. Le afecta, le aflige y sufre de corazón por los juicios espirituales que alcanzan a las almas de los hombres, así como los hombres impíos acostumbran abatirse por las cruces temporales. De modo que él sufre y le desconcierta ver la dureza de corazón (cuando no puede lamentarse como le gustaría), por el hambre de la Palabra, por la ausencia de Dios, por las blasfemias de los impíos o cosas parecidas (Sal. 44:2-3, 137; Neh. 1:3-4; Is. 63:17).

7. Siente mayor impulso a humillarse y lamentarse por sus pecados cuando siente que Dios es más clemente. La bondad divina le hace temer más a Dios y odiar sus pecados, en vez de odiar la justicia [de Dios] (Os. 3:5).

8. Sus sufrimientos son tales que sólo pueden aliviarse por medios espirituales. Ni el deporte ni la compañía alegre lo relajan. Su consuelo sólo procede de Dios en alguna de sus ordenanzas. Ya que fue el Señor quien lo hirió mostrándole sus pecados, sólo acude a Él para ser sanado de sus heridas (Os. 6:1-2; Sal. 119:24, 50).

⁵ El autor se está refiriendo a las actividades pecaminosas y mundanas, no al disfrute legítimo de la creación de Dios.

⁶ **Cruces en su estado** – Aflicciones en la condición moral, corporal o mental de la persona.

9. Es inquisitivo⁷ en su dolor: Preguntará el camino y desea saber cómo puede ser salvo. No puede ahogar ni disuadir sus dudas en tan gran asunto. Ya no se atreve a ser ignorante del camino al cielo. No es descuidado como solía ser, sino que está seriamente inclinado a conseguir directrices de la Palabra de Dios respecto a su reconciliación, santificación⁸ y salvación (Jer. 50:4-5; Hch. 2:37).

10. Teme ser engañado y, por tanto, no se satisface fácilmente. No descansará sobre una esperanza común ni se deja llevar por las probabilidades. Tampoco lo satisface que otros hombres tengan una buena opinión de él. No le complace el haber enmendado algunas faltas ni el empezar a arrepentirse, sino que se arrepiente y sigue arrepintiéndose, es decir que toma un segundo impulso para asegurarse de que su arrepentimiento se ha llevado a cabo de manera eficaz (Jer. 31:19).

11. Los deseos de una sana reforma de su vida lo guían con vehemencia... la tristeza piadosa [por el pecado] siempre tiende a la reforma y a una enmienda sana.

12. En todas sus aflicciones, él tiene una confianza interna en la misericordia y la aceptación de Dios, de manera que ninguna desgracia puede arrancarle la consideración, la seguridad interna y la esperanza en la misericordia de Dios. En la misma inquietud de su corazón, el deseo de su alma es para el Señor y delante de su presencia. Aunque nunca está demasiado desanimado, espera en Dios para recibir la ayuda de su rostro y, en cierta medida, condena la incredulidad de su propio corazón. Confía en el nombre de Dios y en sus compasiones que nunca faltan (Sal. 38:9, 42:5, 11; Lm. 3:21; Sof. 3:12).

13. Su amor por Dios lo inflama de una manera maravillosa, si Él le da a conocer, en algún momento, que escucha sus oraciones⁹. En medio de sus tristezas más desesperadas, su corazón queda aliviado si sus oraciones tienen éxito, si obtienen su deseo (Sal. 116:1, 3).

14. Mantiene su alma vigilada a diario. Se juzga a sí mismo por sus pecados delante de Dios, detectando sus pecados, acusándolos y condenándolos. Le confiesa sus pecados a Dios de manera particular, sin esconder ninguno de ellos, es decir, sin abstenerse de orar contra cualquier pecado que conoce por sí mismo, guiado por algún deseo que siga teniendo de seguir en él. Mediante esta señal puede estar seguro de tener el Espíritu de Dios y de que sus pecados son perdonados (1 Jn. 1:7; 1 Co. 11:32).

⁷ **Inquisitivo** – Dado a ser insistente al preguntar; ávido de conocimiento.

⁸ Ver FGB 215, *Sanctification*, en inglés (Santificación), disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁹ En este contexto, que Dios “escuche” la oración de un creyente parece significar que le concede aquello por lo que se ha orado.

15. Vierte sus peticiones a diario delante de Dios. Clama a Él con afecto y confianza, aunque sea con gran debilidad y muchos defectos, como el niño pequeño lo hace con su padre. Descubre así el Espíritu de adopción en él (Ro. 8:15; Ef. 3:12).

16. Está deseoso —sin fingimientos— de deshacerse de cada uno de sus pecados. No hay pecado que, a su saber, [esté] en él, que no desee no haber cometido jamás con la misma sinceridad con la que espera que Dios nunca se lo impute¹⁰. Ésta es una señal que nunca falla, una fundamental (2 Ti. 2:19).

17. Se conforma con recibir de la mano de Dios el mal¹¹ como el bien, sin murmurar ni olvidar su integridad, siendo consciente de lo que merece y teniendo el deseo de ser aprobado por Dios, sin tener en cuenta la recompensa. Esto demostró que Job era un hombre santo y recto (Job 1:1; 2:3, 10).

[Finalmente], **18.** Su espíritu no tiene engaño (Sal. 32:2). Desea más ser bueno que el hecho de que piensen que lo es. Busca el poder de la piedad [en lugar] de la demostración de ella (Job 1:1; Pr. 20:6-7). Su alabanza es de Dios y no de los hombres (Ro. 2:29). Y, de esta forma, vemos gran parte de la prueba de su humillación.

Tomado de *The Signs of a Wicked Man and the Signs of a Godly Man* (Las señales de un hombre malvado y las señales de un hombre piadoso), Puritan Publications, www.puritanpublications.com.

Nicholas Byfield (1579-1622): Predicador y autor anglicano y puritano, nació en Warwickshire, Inglaterra.



Ningún padre cristiano debe caer en el engaño de pensar que la escuela dominical tiene como propósito el excusarlo de llevar a cabo sus deberes personales. La condición primera y más natural de las cosas es que los padres cristianos críen a sus propios hijos en la disciplina y amonestación del Señor. —*Charles Haddon Spurgeon*

¹⁰ En otras palabras, cuando un creyente descubre un pecado en sí mismo, tiene el mismo fervor por no querer cometer ese pecado que por el temor que siente porque Dios lo acuse de ser culpable de él.

¹¹ **Recibir el mal** – Recibir dificultades, pruebas o aflicciones.

LOS PADRES DEBEN ENSEÑAR LA PALABRA DE DIOS Y ORAR

Thomas Doolittle (1632-1707)

“Yo y mi casa serviremos a Jehová”. —Josué 24:15

Los padres deben leer las Escrituras a su familia [y] enseñar e instruir a sus hijos... en los asuntos y las doctrinas de salvación. Por consiguiente, deben orar *por* y *con* sus familias.

Ningún hombre que no niegue las Escrituras, puede negar el deber incuestionable de leer las Escrituras en nuestras casas, de que los gobernadores de la familia enseñen e instruyan a partir de la Palabra de Dios. Entre toda una multitud de versículos expuestos, considera estos: “Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?, vosotros responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas” (Éx. 12:26-27). También hay muchas razones por las cuales los padres cristianos deben explicar a sus hijos las ordenanzas del Nuevo Testamento para instruirlos en la naturaleza, el uso y los fines del bautismo y la Santa Cena: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás¹ —*aguzar* o *afilar*— a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”, es decir, por la mañana y por la tarde (Dt. 6:6-7; 11:18-19). “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4). Dios [declara] que se agradó de Abraham: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová” (Gn. 18:19). Esto es, pues, innegable si la Palabra ha de creerse, recibirse como nuestra norma y si hemos de rendirle obediencia. Hasta los paganos enseñaron la necesidad de instruir a los jóvenes cuando aún hay tiempo.

La razón de este resultado —de la lectura familiar y las instrucciones a la oración en familia— es evidente (es necesario que supliquemos a Dios para recibir la iluminación de su Espíritu para que abra los ojos de todos en la familia, por su bendición sobre nuestros esfuerzos, sin la cual no habría beneficio de salvación) y será más manifiesta si consideramos y exponemos juntas todas las cosas que siguen:

¹ Enseñar – Hebreo סִפְּרָה.

En primer lugar, ¿de quién es la palabra que se ha de leer juntos en familia? Es la Palabra del Dios eterno, bendito y glorioso. ¿Y acaso no llama esto y requiere más oración previa, que si fuéramos a leer el libro de algún hombre mortal? La Palabra de Dios es esa *por la que* Dios nos habla. Es esa *mediante la cual* Él nos instruye y nos forma en las preocupaciones supremas y de mayor peso de nuestra alma. Es esa *en la que* debemos ir a buscar los remedios para la cura de nuestras enfermedades espirituales. Es esa *de donde* debemos sacar las armas de defensa contra nuestros enemigos espirituales que atacan nuestra alma y que debe dirigirnos en las sendas de la vida.

¿No es, pues, necesario que oremos juntos para que Dios prepare el corazón de todos ellos y obedezcan todo lo que les leamos, lo cual procede de la mente de Dios? ¿Es la familia tan seria y tan consciente de la gloria, la santidad y la majestad de ese Dios que les habla en su Palabra que ya no necesitan orar para que las cosas sean así? Y si es necesario, ¿no debería ser lo primero en hacerse? Y cuando ya se ha leído y se han escuchado las amenazas, los mandatos y las promesas del glorioso Dios y se han descubierto los pecados y la ira de Dios contra estos, los deberes impuestos, los preciosos privilegios abiertos y las promesas de un Dios fiel —“promesas grandes y preciosas” para aquellos que se arrepienten, creen y acuden a Dios con todo su corazón y sin fingimiento—, ¿no hay necesidad de que todos [en la familia] se postren juntos de rodillas; de que supliquen, lloren y clamen a Dios pidiendo perdón por esos pecados de cuya culpabilidad esta Palabra los ha convencido y de lamentarlos delante del Señor? ¿Y para que cuando se ordene el deber, todos puedan tener un corazón dispuesto para practicar y obedecer? ¿Que puedan arrepentirse sin fingimiento y acudir a Dios para poder aplicar esas promesas y ser partícipes de esos privilegios? Todo esto indica, pues, que existe una gran razón cuando leemos juntos, para que también oremos juntos.

En segundo lugar, considera las cosas grandes y profundamente misteriosas contenidas en la Palabra de Dios que se ha de leer en familia y surgirá la necesidad de orar juntos también. ¿No encierra esta Palabra la doctrina respecto a Dios, cómo se le puede conocer, amar, obedecer, adorar y deleitarse en Él? ¿Y en cuanto a Cristo, el Dios-Hombre, un misterio ante el cual se maravillan los ángeles y que ningún hombre comprende por completo ni puede expresar o desvelar por completo? ¿Respecto a los oficios de Cristo —Profeta, Sacerdote y Rey²—, su ejemplo y su vida, sus milagros, sus tentaciones, sus sufrimientos, su muerte, sus victorias, su resurrección, ascensión e intercesión, y su venida a juzgar? ¿No existe en las

² Ver Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador* y Portavoz de la Gracia N° 15: *La obra de Cristo*, disponibles en CHAPEL LIBRARY.

Escrituras la doctrina de la Trinidad, de la desgracia del hombre por el pecado y de su remedio por parte de Cristo? ¿Del pacto de gracia, las condiciones de este pacto y sus sellos? ¿Los numerosos, preciosos y gloriosos privilegios que tenemos en Cristo: La reconciliación con Dios, la justificación, la santificación y la adopción? ¿Las diversas gracias que se han de conseguir, los deberes que se han de hacer y el estado eterno de los hombres en el cielo o en el infierno? ¿Están contenidas cosas como estas en la Palabra de Dios que deberías leer a diario en tu hogar? ¿Y todavía no ves la necesidad de orar antes y después de leer sobre esto? Sopésalo todo bien y lo harás.

En tercer lugar, considera cuánto le interesa a toda la familia conocer y comprender estas cosas tan necesarias para la salvación. Si las ignoran están acabados. Si no conocen a Dios, ¿cómo lo amarán? Podemos amar las cosas *invisibles*, pero no aquellas que *desconocemos*. Podemos amar a un Dios y a un Cristo *invisibles* (1 P. 1:8), pero no a un Dios *desconocido*. Si los que pertenecen a tu familia no conocen a Cristo, ¿cómo creerán en Él? Y, a pesar de ello, deben perecer y ser condenados si no creen en Él. Deben perder para siempre a Dios, a Cristo, el cielo y su alma, si no se arrepienten, creen y se convierten. Sin embargo, cuando leen ese libro por el cual deberían entender la naturaleza de la verdadera gracia salvífica, ¿no es necesaria la oración? Sobre todo, cuando muchos poseen la Biblia y la leen y, sin embargo, no entienden las cosas que tienen que ver con su paz.

En cuarto lugar, considera además la ceguera de su mente y su incapacidad de saber y entender estas cosas sin las enseñanzas del Espíritu de Dios. Y aun así, ¿sigue sin ser necesaria la oración?

En quinto lugar, considera algo más: El retraso de su corazón para estar atento a estas verdades de peso y necesarias de Dios y su falta de disposición natural para aprender, cosas que muestran que la oración es necesaria para que Dios los capacite y les dé la disposición para recibirlas.

En sexto lugar, considera una vez más que la oración es un medio especial para obtener de Dios el conocimiento y una bendición sobre las enseñanzas y las instrucciones del *padre*. David oró pidiéndole a Dios que abriera sus ojos para que pudiera contemplar las cosas maravillosas de la Ley de Dios (Sal. 119:18). En la Palabra de Dios existen “cosas maravillosas”. Que el hombre caído fuese salvo es algo prodigioso. Que un Dios santo se reconcilie con el hombre pecador es algo maravilloso. Que el Hijo de Dios adoptara la naturaleza del hombre para que Dios se manifestara en la carne y que el creyente sea justificado por la justicia de otro, ison cosas maravillosas! Pero existe oscuridad sobre nuestra mente, un velo que cubre nuestros ojos; las Escrituras son un libro cerrado, abrochado, de modo que no podemos entender de un modo salvífico esas cosas grandes y mara-

villosas, ni poner nuestro amor en ellas principalmente y deleitarnos en ellas, a menos que el Espíritu de Dios retire el velo, elimine nuestra ignorancia e ilumine nuestra mente. Esta sabiduría ha de buscarse en Dios mediante la oración ferviente. Tú que eres *padre*, ¿no te gustaría que tus hijos... conocieran estas cosas y que ellas influyeran en ellos? ¿No quieres que se graben en la mente y el corazón de ellos las grandes preocupaciones de su alma? Por esta razón, tú los instruyes. ¿Pero, puedes *tú* alcanzar el corazón? ¿Puedes *tú* despertar la conciencia? ¿No puedes? ¿No te corresponde entonces orar a Dios con ellos para que Él lo haga? Mientras oras con ellos, Dios puede estar disponiendo en secreto y preparando con poder sus corazones para que reciban su Palabra y tus instrucciones sacadas de ella.

Todo esto me hace argumentar, pues, a favor de la oración familiar. Si el deber de la familia, como tal, es leer y escuchar la Palabra de Dios juntos, también lo es orar juntos (esto se manifiesta en las seis últimas cosas mencionadas). Es el deber de la familia, como tal, leer la Palabra de Dios y escucharla juntos (esto se demostró antes a partir de las Escrituras). Por consiguiente, es el deber de las familias, como tales, orar juntas.

Tomado de *“How May the Duty of Family Prayer Be Best Managed for the Spiritual Benefit of Every One in the Family?”* (¿Cómo puede el deber de la oración familiar ser mejor administrado para el beneficio espiritual de cada uno en la familia?), *Puritan Sermons 1659-1689. Being the Morning Exercises at Cripplegate* (Sermones puritanos 1659-1689. Estando en los ejercicios matutinos en Cripplegate), Vol. 2, Richard Owen Roberts, Editor.

Thomas Doolittle (1632 - c. 1707): Ministro no conformista inglés, nació en Kidderminster, Worcestershire, Inglaterra.



LOS PADRES Y LA DISCIPLINA

William Gouge (1575-1653)

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. —Efesios 6:4

La fuente de los deberes del padre es el *amor*... Existen grandes razones para que este afecto esté firmemente fijado en el corazón de los padres hacia sus hijos. Porque grande es ese dolor, los esfuerzos, el costo y la preocupación que los padres tienen que soportar por sus hijos. Pero si el amor está en ellos, no hay dolor, esfuerzos, costo ni preocupaciones que les parezcan demasiado grandes. Aquí aparece la sabia providencia de Dios, quien, por naturaleza, ha asegurado el amor con tanta fuerza en los corazones de los padres; si hay alguno en quien no abunde, se cuenta como algo que no es natural. Si el amor no rebosara en los padres, muchos hijos estarían descuidados y se perderían... No son capaces de ayudarse a sí mismos. Como Dios plantó, por naturaleza, el amor en todos los padres, los cristianos deberían nutrir, aumentar y avivar este fuego de amor en aras de la conciencia. Por este medio, pueden ser más impulsados a todo deber, con alegría. Cuanto más ferviente sea el amor, con mayor disposición se realizará cualquier deber... En mi texto, el Apóstol menciona a los *padres*. Salomón afirmó que su padre le enseñó, cuando aún era tierno (Pr. 4:3-4) y David sintió dolor por haber descuidado a sus otros hijos... Los padres deben, por tanto, hacer su mayor esfuerzo y cuidar que las madres también hagan el suyo porque son ellos quienes gobiernan sobre hijos, madres y todo...

Sobre cómo añadir la amonestación a la instrucción: Los medios de ayudar a que la buena obra de disciplina siga adelante son básicamente dos: 1. La amonestación frecuente y 2. La corrección adecuada. Ambos están implicados en este texto: Uno en la palabra traducida *amonestación* que [según la anotación del término griego] significa poner algo en la mente, instar e insistir en algo. La otra es la palabra traducida *disciplina*.

Ahora bien, ambas cosas deben unirse para ser muy útiles entre sí. Y es que, probablemente, la amonestación sin corrección no producirá más que mera vanidad y la corrección sin amonestación será demasiada austeridad¹. El deber que la primera de ellas expone es éste:

Los padres deben dar instrucción constante a sus hijos. Ellos no pueden pensar que es suficiente decirle a sus hijos lo que deben hacer, sino que para instruirlos deben añadir la amonestación y, por así decirlo, meter en

¹ **Austeridad** – Dureza hacia los sentimientos; severidad de disciplina.

la cabeza² de sus hijos las lecciones que les enseñan, de manera que puedan dejar una huella más profunda en sus corazones. Así, sus instrucciones serán como las palabras del sabio que son como clavos bien clavados (Ec. 12:11) o bien martillados. Permanecen firmes allí donde se clavaron y no pueden ser arrancados con facilidad. Así como damos muchos golpes en la cabeza de un clavo [cuando hablamos], las muchas amonestaciones establecen las buenas instrucciones en el corazón de un niño y hacen que éste quede bien establecido en aquello que se le ha enseñado. Esto es algo en lo que hay que trabajar (He. 13:9)... Las directrices que se les dan a los padres, en particular, de instalar las palabras de Dios en sus hijos (Dt. 6:7)... pueden aplicarse a este propósito.

Con este propósito, Salomón suele duplicar sus instrucciones e insistir una y otra vez, como por ejemplo: “Oye, hijo mío, la instrucción... no desprecies la dirección” (Pr. 1:8); “Si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti... Haciendo estar atento tu oído... Si inclinares tu corazón” (Pr. 2:1-2). Sí, con frecuencia repite los mismos preceptos.

La comprensión de los hijos es poco fiable y su memoria es débil. Si sólo se les instruye una vez, rara vez o de forma ligera, pronto se escapará lo enseñado y de poco o nada servirá.

Para desempeñar mejor este deber, los padres deben pensar en los mejores medios que puedan para aferrar sus instrucciones a sus hijos, observar su inclinación y su disposición y comprobar qué los conmueve más. Las constantes exhortaciones y las poderosas formas de convencerlos que se deben usar según lo requiera la ocasión, están integradas bajo la amonestación...

Sobre cómo los padres deben *disciplinar* a sus hijos: El otro medio para ayudar en la disciplina es la *corrección*, que es de dos tipos: *Verbal*, mediante palabras y *real*, mediante el uso de la vara. La primera es la *reprensión*³ y debe siempre preceder a la segunda, que se denomina, de forma más habitual y adecuada, *corrección o castigo*.

La reprensión es una especie de término medio entre la amonestación y la corrección: Es una amonestación fuerte, pero una corrección suave. Es aconsejable usar esta reprensión *verbal* porque puede ser la forma de impedir [unos azotes], sobre todo en los hijos ingenuos y de buen carácter [“La reprensión aprovecha al entendido, más que cien azotes al necio” (Pr. 17:10)] y porque se puede usar, cuando no sea adecuado [recurrir a los azotes] para la ocasión como en el caso de los hijos que ya son mayores.

² **Meter en la cabeza** – Es una forma de decir “insistir con repetición”.

³ **Reprensión** – Un acto de reprobación o de encontrar faltas.

Los muchos buenos frutos que el Espíritu Santo indica como procedentes de una debida reprensión, muestran que es un deber del que los padres deberían tomar conciencia si desean fomentar el bien de sus hijos y, mucho más, cuando muchos buenos frutos redundan en los padres que reprenden y también en los hijos que reciben la reprensión. Respecto al beneficio de la reprensión, se dice: "...La enseñanza es luz, y camino de vida las reprensiones que te instruyen" (Pr. 6:23). Proporcionan comprensión (Pr. 15:32) y prudencia (Pr. 15:5). En cuanto al bien del que reprueba, se dice: "Mas los que lo reprendieren tendrán felicidad [Esto quiere decir que tendrán mucha tranquilidad y razón para regocijarse, de modo que no tendrán por qué arrepentirse de lo que han hecho], y sobre ellos vendrá gran bendición" (Pr. 24:25). Es decir, o la bendición de los buenos hombres, que los bendecirán, alabarán y elogiarán, o la bendición de buenas cosas del Señor que los recompensará por este aceptable desempeño de su deber.

Por estas razones, los santos hombres no han escatimado en reprender a sus hijos cuando ha sido necesario (Gn. 9:25; 34:30; 49:4). Aunque Elí hizo, en cierto modo, algo al respecto, por no ser más severo en su deber, provocó destrucción sobre sí mismo y sobre sus hijos (1 S. 2:23)...

Sobre corregir a los hijos: La última y más adecuada clase de corrección, es la *real* o *física*, es decir, con la vara. También es un medio designado por Dios para ayudar a la buena educación y crianza de los hijos. Es el *último* remedio que un padre puede usar, un remedio que puede ser beneficioso cuando ninguna otra cosa lo es.

A través del Espíritu Santo, es expresamente ordenado y también repetido con insistencia con frases como: "Castiga a tu hijo" (Pr. 19:18); "Corrige a tu hijo" (Pr. 29:17); "No rehúses corregir al muchacho" (Pr. 23:13); "Lo castigarás con vara" (Pr. 23:14). Si no hubiera más motivo, con esto basta. El encargo de Dios fue tal motivo para Abraham que habría sacrificado a su hijo (Gn. 22:2-3). ¿No corregirás a tu hijo por mandato de Dios?

El propio ejemplo de Dios también lo recomienda y esto no se expone sólo en unos ejemplos particulares, sino en su trato general y constante con todos, y es una muestra especial y el fruto de su amor. "Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo... Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (He. 12:6, 8). Que este ejemplo de Dios sea tomado en cuenta porque es de gran peso. ¿Quién puede decir mejor que Dios qué tipo de trato es el más adecuado para los hijos? ¿Quién puede formar mejor a los hijos que Dios? ¿Quién tiene por objeto verdadero el bien de los hijos y quién lo procura más que Dios? Sí; ¿quién tiene más ternura hacia sus hijos que Dios? Si Dios, el Padre de los espíritus en sabiduría y amor

trata así con sus hijos, los padres de carne y hueso no pueden demostrar sabiduría y amor actuando de la forma contraria. Su sabiduría será necesidad y su amor, odio. Sobre estas bases, se da por sentado que los padres [que se ocupan del bien de sus hijos como deben] castigan a sus hijos, según lo requiera la necesidad, porque se dice: “Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Pr. 3:12)... Como algo sin controversia, se afirma: “Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban” (He. 12:9).

Las razones de la equidad de este deber conciernen, en parte, a los hijos que reciben la corrección o castigo, y a los padres que la llevan a cabo. En cuanto a los hijos, los libera de mucho mal y hace en ellos mucho bien.

La corrección es como la medicina para purgar la gran corrupción que acecha a los hijos y como una pomada que sana muchas heridas y llagas causadas por su necesidad. A este respecto, Salomón afirma: “La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él” (Pr. 22:15)... Respecto a la operación interna de esta medicina, se dice, además, que la corrección protege a un hijo de la muerte [“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá” (Pr. 23:13)] y eso, no sólo de la muerte temporal [ya que muchos hijos son protegidos así de la espada del juez], sino también de la muerte eterna [“Librarás su alma del Seol” (Pr. 23:14)]. Observa esto, padre indulgente cuya excesiva suavidad es una gran crueldad. ¿Acaso no consideraríamos como un padre cruel a aquel que viendo a su hijo sufrir enfermedades, furúnculos, llagas y heridas siguiera agravando y aumentando el padecer de su hijo sin darle medicamento ni aplicar apósitos? No, más bien, ¿quién ve a su hijo correr hacia un fuego ardiente o hacia aguas profundas y no lo retiene? Tan cruel y más, son aquellos que soportan ver a sus hijos correr hacia el mal, en vez de corregirlos.

Objeción: ¿Quién puede soportar causarle dolor a su propio hijo?

Respuesta: El fruto futuro debe considerarse más que el dolor presente. Las pociones, las píldoras y las medicinas fuertes provocan náuseas, son amargas y dolorosas; sin embargo, al ser necesario su uso y al prevenir gran mal mediante su utilización, los padres sabios no se abstendrán de ellos por la amargura y el dolor perceptibles. El Apóstol responde pues, de manera adecuada a esa objeción: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (He. 12:11). Esto puede aplicarse a las correcciones paternas, así como a las de Dios. Salomón observa el bien que le produce a los hijos esa corrección, en frases como estas: “La vara... [da] sabiduría” (Pr. 29:15) porque les hace ver lo que es bueno, malo, elogiabile y reprochable. Y, de manera consecuente, les

enseña a hacer el bien y dejar el mal, que es una gran característica de la sabiduría.

Respecto a los padres, corregir o castigar debidamente a sus hijos, los libera de muchos inconvenientes y les proporciona gran calma. 1. Les evita muchos dolores porque muchas amonestaciones repetidas con frecuencia e inculcadas una y otra vez, no servirán tanto para que muchos hijos presten atención al consejo íntegro y bueno como una pequeña corrección o castigo. Son mucho más sensibles al dolor que a las palabras. 2. Les evita mucho sufrimiento, vergüenza y disgustos porque “el hijo necio es pesadumbre de su padre, y amargura a la que lo dio a luz” (Pr. 17:25). Es la vara de la corrección la que los aparta de la necedad (Pr. 22:15) y evita así, ese dolor y amargura. 3. Los libera de la culpa del pecado de sus hijos para que no sean cómplices como lo fue Elí (1 S. 3:13). Y es que la corrección o castigo es el último remedio que un padre puede usar: Si con ella no consigue nada bueno, se presupone que ha realizado su máximo esfuerzo. A este respecto, aunque el hijo muera en su pecado, el padre habrá librado su propia alma.

Salomón indica, así, la tranquilidad que reciben los padres al corregir a sus hijos: “Corrige a tu hijo y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Pr. 29:17) porque los hijos bien educados y mantenidos en sobrecogimiento filial mediante la corrección, se comportarán de manera que sus padres puedan descansar con cierta seguridad sin preocuparse [como lo hacen cuando los hijos son dejados en libertad]. Sí, como árboles bien podados y terreno bien labrado, producirán un fruto agradable y abundante; y sus padres tendrán justa razón de regocijarse en ellos.

Un consejo para los padres en cuanto a corregir o castigar a sus hijos: Para hacer un uso adecuado de esta medicina fuerte de la corrección, los padres deben considerar el *asunto* por el que la emplean y su *forma* de corregir.

En cuanto al *asunto*, se han de observar estas tres cosas: 1. *Que estén seguros de que se ha cometido una falta* y que, por tanto, hay una causa justa para aplicar la corrección o castigo. De no ser así, se provocaría más daño que beneficio. Si se aplica una medicina fuerte donde no hay llaga, se producirá una. Si se ejerce la corrección de forma injusta, podría provocar a ira y el provecho sería muy poco o ninguno. Aquí es donde se cuestiona a los padres terrenales y donde son distintos a Dios, porque muchas veces corrigen según su parecer (He. 12:10) y esto es motivo de gran injusticia. 2. *Que la falta se dé a conocer al hijo corregido* y que parezca convencido de ella. La corrección debe ser para instrucción y esto no podría ser así, a menos que el hijo sepa *por qué* se le está corrigiendo. Y es que, si desconoce su falta, para él es lo mismo que si lo disciplinaban sin haber cometido incorrección

alguna. En el principio, Dios procedió así con la serpiente, con Eva y con Adán (Gn. 3:11). Así se comportan los jueces cuando castigan a los malhechores. Si así tratan los hombres a un perro, ¿no deberían hacerlo con mucha más razón con un hijo? 3. *En especial, que sean faltas que los padres puedan demostrar a sus hijos* [si al menos tienen el buen juicio necesario] *que van en contra de la Palabra de Dios*, como decir palabrotas, mentir, pequeños hurtos y cosas por el estilo porque (1) estas son faltas muy peligrosas y, por tanto, deben purgarse con mucho más cuidado. (2) El hijo corregido se convencerá mejor así de su falta, se condenará más a sí mismo y soportará la corrección con mayor contentamiento.

Respecto a la *manera* de corregir, se han de observar cuatro normas *generales* y cuatro *particulares*. Las *generales* son estas:

1. *Se debe tener en cuenta la forma en que Dios corrige a sus hijos* y, en particular, la forma en que Él disciplina al padre mismo. No se podría proporcionar mejor directriz general porque el patrón divino es una norma perfecta.

2. *Los padres deben orar por sí mismos y por sus hijos*. Por sí mismos para ser dirigidos en la aplicación de la corrección y por sus hijos para que, por medio de ella, lleguen a ser mejores. Así actuarán los buenos médicos a la hora de ministrar el medicamento. En todos los deberes se debe usar la oración y, de manera especial, en éste porque es fácil que el padre caiga en un extremo u otro, en parte por su propia ira desmedida y por medio de la impaciencia del hijo. No se debe imponer sobre todos el que cada vez que tomen la vara vayan y hagan una solemne oración, sino que eleven el corazón en busca de dirección y bendición.

3. *La corrección debe administrarse en amor*. Todas las cosas han de hacerse en amor (1 Co. 16:14) y cuánto más ésta que conlleva una manifestación de enojo y odio... Dios corrige a sus hijos en amor y así deben hacerlo también los padres. El amor hará que ejerzan la corrección con ternura y compasión.

4. *La corrección debe administrarse con un estado de ánimo suave*, cuando los afectos están bien ordenados y no perturbados por la ira, la cólera, la rabia, la furia y otras pasiones semejantes. Las pasiones agitadas arrojan neblina sobre el entendimiento, de manera que un hombre no puede discernir lo que es suficiente o lo que es demasiado. Cuando se agita el enardecimiento, la corrección debe aplazarse. Dios corrige en su justa medida.

Las normas *particulares* son estas:

1. *Se ha de respetar el debido orden*. La corrección de palabra (reprensión) debe ir antes que la que se aplica con la vara. “Yo reprendo y castigo” (Ap. 3:19). Por tanto, un padre demostrará que no se deleita en castigar a su hijo; es la *necesidad* de hacerlo la que lo lleva a ello. De este modo, el padre

actúa como Dios, quien no mortifica voluntariamente (Lm. 3:33). Cuando los médicos administran un medicamento fuerte, antes preparan al paciente; la *reprensión* puede ser como esa preparación. Los buenos y compasivos cirujanos probarán cualquier otro medio antes de abrir y cauterizar.

2. *Hay que tener el debido respeto hacia la parte corregida.* Si es joven y tierno, se ha de usar una corrección más ligera. Salomón menciona con frecuencia una vara como algo adecuado para un hijo porque es el castigo más ligero. Por consiguiente, si el hijo es de disposición flexible e ingenuo, endeble, la corrección debe ser consecuentemente moderada. Si está bien desarrollado y, además es difícil y obstinado, la corrección puede ser más severa.

3. *Se debe tener el debido respeto por la falta.* Los pecados que van directamente en contra de Dios, descarados, notables y escandalosos, que son conocidos y que se cometen con frecuencia, con los que han crecido y que se han convertido en una costumbre deben ser corregidos con mayor severidad.

4. *El padre debe considerar sus propias faltas al corregir las de su hijo* para que se forje en él mayor compasión.

Tomado de *Domestical Duties* (Los deberes domésticos),
Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

William Gouge (1575-1653): Pastor puritano inglés, teólogo y autor.



DE QUÉ FORMA PUEDEN LOS PADRES PROVOCAR A IRA A SUS HIJOS

Thomas Watson (c. 1620-1686)

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos”. —Efesios 6:4

Actúa prudentemente con tus hijos. No provocar a ira a los hijos es una gran demostración de prudencia en un *padre*. “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Col. 3:21). ¿De qué forma puede un *padre* provocar a ira a sus hijos?

(1) **Dirigiéndose a ellos con términos ofensivos.** “¡Hijo de la perversa y rebelde!”, le dijo Saúl a su hijo Jonatán (1 S. 20:30). Algunos padres usan imprecaciones¹ y maldiciones contra sus hijos, y esto los provoca a ira. ¿Quieres que Dios bendiga a tu descendencia y tú la maldices?

(2) **Los *padres* provocan a ira a sus hijos cuando los golpean sin motivo o cuando la corrección o castigo excede la falta cometida.** Actuar así es de tirano y no de padre. Saúl lanzó una lanza contra su hijo para matarlo y su hijo fue provocado a la ira: “Y se levantó Jonatán de la mesa con exaltada ira” (1 S. 20:33-34). “El padre ejerce el poder de un rey sobre su hijo, no el de un tirano”².

(3) **Cuando los padres les niegan a sus hijos aquello que es absolutamente necesario.** Algunos han provocado así a sus hijos: Los han privado y mantenido tan carentes [de cosas necesarias] que los han obligado a tomar caminos que no son rectos y los han forzado a extender sus manos a la iniquidad.

(4) **Cuando los padres actúan con parcialidad hacia sus hijos, mostrando más bondad con uno que con otro.** Aunque un progenitor pueda sentir mayor amor por uno de sus hijos, la discreción debería impedirle mostrar su favoritismo hacia uno en detrimento del otro. Jacob demostró más amor a José que a todos sus demás hijos y esto provocó la envidia de sus hermanos. “Y amaba Israel a José más que a todos sus hijos, porque lo había tenido en su vejez; y le hizo una túnica de diversos colores. Y viendo sus

¹ **Imprecaciones** – Actos o peticiones que invocan el mal, la calamidad o la venganza divina sobre alguien.

² Latín = *In filium pater obtinet non tyrannicum imperium, set basilicum*. “Entre los hijos, un padre no ejerce un gobierno tiránico, sino de rey”. Tomado de John Davenant (1572-1641), *An Exposition of St. Paul to the Colossians* (Una exposición de la carta de San Pablo a los colosenses), 191.

hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente” (Gn. 37:3-4).

(5) Cuando un progenitor hace algo sórdido e indigno que acarrea deshonra sobre él y sobre su familia, como estafar o hacer un falso juramento, provoca a la ira al hijo. Como el hijo debería honrar a su padre, así el padre no debería deshonrarlo a él.

(6) Los padres provocan a los hijos cuando les imponen mandamientos que no pueden llevar a cabo sin ofender su conciencia. Saúl le ordenó a su hijo Jonatán que le trajera a David: “Envía pues, ahora, y tráemelo, porque ha de morir” (1 S. 20:31). Jonatán no podía obedecerle con buena conciencia, sino que fue provocado a la ira: “Y se levantó Jonatán de la mesa con exaltada ira” (1 S. 20:34). La razón por la que los padres deberían mostrar su prudencia no provocando a la ira a sus hijos es ésta: “Para que no se desalienten” (Col. 3:21). Este término, desalienten, implica tres cosas. Dolor: El hijo se toma tan a pecho la provocación del *padre* que esto le causa la muerte prematura. Abatimiento: La severidad del *padre* desanima al hijo y lo incapacita para el servicio, como los miembros paralizados³ del cuerpo que no sirven para trabajar. La contumacia y la obstinación⁴: El hijo provocado por la conducta cruel y antinatural del padre se desespera y, con frecuencia, busca la forma de irritar y ofender a sus progenitores, algo que aun siendo malo en el hijo hace al padre cómplice de ello por ser quién ha dado lugar a ello.

(7) Si quieres recibir honra de tus hijos, ora mucho por ellos. No te limites a acumular una porción para ellos, sino también una reserva de oración a su favor. Mónica oró mucho por su hijo Agustín⁵; se ha dicho que era imposible que un hijo de tantas oraciones y lágrimas pudiera perecer. Ora para que tus hijos puedan ser protegidos del contagio⁶ de los tiempos. Ruega para que, así como llevan tu imagen en su rostro, puedan ser portadores de la de Dios en su corazón. Suplica que puedan ser instrumentos y vasijas de gloria. Uno de los frutos de la oración puede ser que el niño honre a un progenitor que ora.

(8) Alienta lo que ves bueno y digno de elogio en tus hijos. “La bondad aumenta cuando se la alaba”⁷. Alabar lo que es bueno en tus hijos hace que amen los actos virtuosos y es como regar las plantas; las hace crecer

³ **Paralizado** – Privado de sentimiento; muerto.

⁴ **Contumacia y obstinación** – Testarudez rebelde y desobediencia a la autoridad.

⁵ **Aurelio Agustín** (354-430 d.C.) – Obispo de Hipona, en África del Norte y líder de la Iglesia cristiana primitiva, convertido de joven de una vida de inmoralidad para convertirse en sabio y piadoso.

⁶ **Contagio** – Contacto doloroso, contaminante o corruptor; influencia que infecta.

⁷ Latín = *Virtus laudata crescit*. Éste fue el lema original de la Escuela Berkhamsted, fundada en 1541 en Berkhamsted, Hertfordshire, Inglaterra.

más. Algunos padres desaniman las cosas buenas que ven en sus hijos y, de este modo, socavan la virtud de sus brotes tiernos, ayudando a condenar sus almas infantiles. Reciben las maldiciones de sus hijos.

(9) Si quieres que tus hijos te honren, sé un buen ejemplo para ellos. Cuando los progenitores viven en contradicción con sus propios preceptos, los hijos desprecian a sus *padres*; cuando les piden a sus hijos que sean sobrios y ellos se embriagan; o ruegan a sus hijos que teman a Dios y ellos mismos son libertinos en su vida. Si quieres que tus hijos te honren, *enséñalos mediante un ejemplo santo*. El padre es el espejo en el que el hijo se suele mirar. Haz que esté limpio y sin mancha. Los *padres* deberían observar gran decoro⁸ en toda su conducta, no sea que den ocasión a que sus hijos les digan lo que el siervo a Platón: “Mi amo ha escrito un libro contra la ira impulsiva, pero él mismo es impetuoso” o como un hijo le espetó un día a su padre: “Si he hecho algo malo, lo he aprendido de ti”.

Tomado de *The Ten Commandments* (Los Diez Mandamientos),
The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Thomas Watson (c. 1620-1686): Predicador y autor inglés puritano no conformista, nacido probablemente en Yorkshire, Inglaterra.



En el Antiguo Testamento, queda muy claro que el padre era una especie de sacerdote en su hogar y su familia: Representaba a Dios. Tenía la responsabilidad de cuidar, no sólo la moralidad y el comportamiento de sus hijos, sino también su enseñanza. En todas partes, el énfasis bíblico es que éste es el deber y la tarea principal de los padres. Y sigue siendo el mismo en el día de hoy. Si es que somos cristianos, debemos reconocer que este gran énfasis se basa en aquellas unidades fundamentales que Dios ha establecido: El matrimonio, la familia y el hogar. No podemos jugar con estas cosas. —
David Martin Lloyd-Jones

⁸ **Decoro** – Aquello que es correcto en cuanto al carácter, la posición, el rango o la dignidad de una persona.

CONSEJO A LOS PADRES REFORMADOS

Richard Baxter (1615-1691)

PABLO¹: ¡Bienvenido vecino! ¿Qué tal la nueva vida que has iniciado? Ya has asumido las instrucciones... pero, ¿qué descubres al practicarlas?

SAÚL: Siento que he descuidado neciamente y durante mucho tiempo una vida necesaria, noble y gozosa, y que esto me ha hecho perder el tiempo. Me siento un inepto poco dispuesto a practicarla. Descubro que las cosas que me has prescrito son altas, excelentes y, sin duda, deben resultar sumamente dulces para los que tengan la aptitud y la disposición adecuadas. Hallo cierto placer en mis débiles comienzos; sin embargo, la grandeza de la obra y la torpeza de mi mente reducen mucho su dulzura mediante muchas dudas, temores y dificultades. Cuando fallo, me resulta difícil el arrepentirme de la forma correcta y, por fe, correr a Cristo en busca de perdón...

PABLO: ¿Cuál es tu gran dificultad que requiere consejo?

SAÚL: Descubro que hay mucho trabajo por hacer en mi familia: Gobernarlos en el temor de Dios, hacer mi deber para con todos ellos y, sobre todo, educar a mis hijos y adorar a diario a Dios, entre todas mis tareas. ¡Y me veo tan incapaz para ello que estoy dispuesto a omitirlo todo! Te ruego que me ayudes con tu consejo.

PABLO: Mi primer consejo para ti es que, con la ayuda de Dios, decidas llevar a cabo tu deber lo mejor que puedas. Consagra tu familia a Dios y reconócelo como Señor y Amo de ella. Úsala como sociedad santificada a Él.

Mi oración es que permitas que estas razones fijen tu resolución:

1. *Si Dios no es el señor de tu familia, el diablo lo será.* Y si no se sirve a Dios primero en ella, la carne y el mundo ocuparán su lugar. Espero no tener la necesidad de decirte qué señores tan malos son estos, cuán malvadas sus obras y qué mala su paga.

2. *Si consagras tu familia a Dios, Él será su Protector.* Se ocupará de su seguridad y provisión como de quien le pertenece. ¿Acaso no necesitas un Protector así? ¿Podrías tener Uno mejor u ocuparte tú del bienestar y de la seguridad tanto tuya como de los tuyos, de un modo más excelente? Y si tu

¹ **Nota del editor** – El autor escribió este artículo en forma de diálogo entre “Pablo”, un maestro, y “Saúl”, un aprendiz.

familia no es de Dios, son sus enemigos y están bajo su maldición como rebeldes...

3. *Una familia santa es un lugar de consuelo, una iglesia² de Dios.* ¡Qué gozo será para ustedes vivir juntos a diario, con la esperanza de que todos volverán a reunirse y a vivir juntos en el cielo! ¡Pensar que esposa, hijos y siervos serán, en breve, conciudadanos tuyos de la Jerusalén celestial! ¡Qué agradable unirse con un solo corazón y mente en el servicio de Dios y en sus alegres alabanzas! ¡Qué encantadores serán los miembros de la familia cuando cada uno lleve la imagen de Dios! ¡Qué abundancia de disputas y desdichas se evitarán, cosas que el pecado produciría entre ellos a diario! Y cuando cualquiera de ellos muera, ¡con cuánto consuelo estarán los demás junto a su lecho y acompañarán su cadáver a la tumba, teniendo buenas esperanzas de que el alma sea recibida en la gloria por Cristo! Sin embargo, si tu familia es impía, será como un nido de avispas o como una cárcel, llena de desacuerdos e irritaciones. Te resultará doloroso mirar a tu esposa o a tus hijos a la cara y pensar que lo más probable es que acaben en el infierno. Su enfermedad y su muerte será diez veces más dura para ti sabiendo de su final lamentable e inadvertido.

4. *Tu familia tiene una necesidad tan constante de Dios que Él te ordena que le sirvas constantemente.* Así como todo hombre tiene sus necesidades personales, también las familias tienen las suyas, que Dios debe suplir o serán unos desdichados. Por tanto, el deber familiar debe ser tu trabajo.

5. *Las familias santas³ son seminarios de la Iglesia de Cristo en la tierra y es mucho lo que recae sobre ellas para mantener el interés de la fe cristiana⁴ en el mundo.* De ahí proceden los santos magistrados, cuando los hijos de grandes hombres tienen una santa educación. ¡Y qué bendición para los países que cuentan con ellos! De ellas surgen santos pastores y maestros para las iglesias, quienes como Timoteo reciben santas instrucciones de sus padres y la gracia del Espíritu de Cristo en su tierna infancia. Muchas congregaciones, felizmente alimentadas con el pan de vida, pueden darle gracias a Dios por los esfuerzos de un pobre hombre o mujer que ha educado a un hijo en el temor de Dios (2 Ti. 3:15) para que fuera su santo y fiel maestro. Aunque el aprendizaje se imparte en las escuelas, la piedad procede con mayor frecuencia de la educación de unos padres cuidadosos. Cuando los

² El autor no quiere decir que la familia sea el equivalente de una iglesia local, que lleve a cabo las ordenanzas del Bautismo y la Santa Cena, sino como una iglesia reunida para adorar en cánticos, oración y en la lectura de la Palabra.

³ 1 Ti. 3:12; Dt. 6:7, 30:2; Sal. 147:13; Hch. 2:39; Ef. 6:4-6; Pr. 22:6, 15; 29:15; 23:13.

⁴ **Nota del editor** – La palabra original que el autor emplea aquí es *religión*. A la luz del uso amplio y muchas veces confuso de la palabra “*religión*” hoy en día, los términos “fe cristiana”, “cristianismo” y “fe en Cristo” y, a veces, “piedad”, “piadoso/a” o “piedad cristiana”, suelen reemplazar “religión” y “religioso” en muchos casos en esta publicación.

hijos y los criados asisten a la Iglesia con una mente que entiende, piadosa y preparada, las labores del pastor serán de gran beneficio para ellos; recibirán lo que oyen con fe, amor y obediencia. Tener un rebaño así, será un gran gozo para el ministro y para todos los que sean así y se reúnan en santa asamblea y adoren a Dios con un corazón alegre. Tales adoradores serán aceptables para Dios. Sin embargo, cuando las familias se juntan en crasa ignorancia, con unos corazones no santificados, están ahí sentadas como imágenes, comprendiendo muy poco de lo que se dice, vuelven a su hogar sin haber hecho mucho progreso, a pesar de las labores del ministro. Los movimientos de su lengua y cuerpo son la mayor parte de la adoración que elevan a Dios, pero no le ofrecen sus corazones, en fe y amor, como sacrificio a Él; tampoco sienten el poder y la dulzura de la Palabra ni lo adoran en espíritu y en verdad (Jn. 4:24).

6. *En una época en que las iglesias están corrompidas y los buenos ministros escasean, y los malos engañan a las personas o son deficientes en su trabajo, no queda mejor provisión que las familias piadosas para llevar adelante la piedad.* Si los padres y los maestros enseñan a sus hijos... con fidelidad, adoran a Dios con ellos en santidad y de manera constante, y los gobiernan con cuidado y en orden, esto cubrirá, en gran parte, la falta de enseñanza pública, de adoración y de disciplina. Es mi deseo que Dios agite así los corazones de las personas para que hagan que sus familias sean como pequeñas iglesias para que no quede a merced del poder de los malos gobernantes o pastores extinguir la fe cristiana o desterrar la piedad de ningún país. Y es que,

7. *La enseñanza, la adoración y la disciplina familiar tienen muchas ventajas de las que las iglesias carecen.* 1. Tú solo tienes a unos cuantos que enseñar y gobernar, y el pastor tiene a muchos. 2. Los tuyos siempre están contigo y puedes hablarles tan oportunamente y con la frecuencia que quieras, ya sea a todos juntos o uno por uno; él no puede hacerlo. 3. Están ligados a ti por la relación, el afecto y el pacto, así como por sus propias necesidades e intereses; con él lo están de otro modo. La esposa y los hijos confían más en tu amor hacia ellos que en el del ministro, y el amor abre el oído al consejo. Los hijos no se atreven a rechazar tus palabras porque puedes corregirlos o hacer que su estado en este mundo sea menos confortable. Sin embargo, el ministro todo lo hace mediante la escueta exhortación y, si los echa de la iglesia por su impenitencia, no pierden nada por ello en el mundo. Y, a menos que no sea por una ardiente persecución, las familias no tienen tantas restricciones en cuanto a la sana doctrina, la adoración y la disciplina, como suelen tener las iglesias y los ministros. ¿Quién te silencia o te prohíbe catequizar y enseñar a tu familia? ¿Quién te prohíbe orar o alabar a Dios con ellos, tan frecuentemente como puedas y con todas tus fuerzas? ¿Acaso muchos padres no muestran una hipocresía autocondenadora cuando se quejan de los que son crueles perseguidores —de

aquellos que nos prohíben a nosotros, ministros, predicar el evangelio —, pero descuidan la enseñanza de sus propios hijos... aunque nadie se lo impide (tan difícil es ver nuestros propios pecados y nuestro deber en comparación con los de otros hombres)?

8. *Tienes obligaciones mayores y más cercanas para con tu familia que las que tienen los pastores para con todas las personas.* Tu esposa es como tu propia carne; tus hijos son, por así decirlo, partes de ti mismo. La naturaleza os ata con el afecto más tierno y, por tanto, con el mayor deber hacia ellos. ¿Quién debería preocuparse más por el alma de los hijos que sus propios padres? Si tú no provees para ellos y los matas de hambre, ¿quién los alimentará? Por tanto, si alguna vez has tenido corazón de padre, si te importa lo que ocurra con las almas de tus hijos para siempre, conságralos a Dios, enséñales su Palabra, edúcalos en santidad, frénalos de pecar y prepáralos para la salvación.

SAÚL: Debo confesar que el afecto natural me dice que existe gran razón para lo que dices y mi propia experiencia me convence de ello porque si mis padres me hubieran instruido y gobernado mejor en mi infancia, es probable que yo no hubiera vivido como un ignorante y un impío. Por desgracia, pocos padres cumplen con su deber. Muchos se toman mayores molestias por sus caballos y su ganado que por el alma de sus hijos.

PABLO: ¡Ojalá pudiera decir lo que tengo en lo profundo de mi corazón a todos los *padres* del país! Me atrevería a decirles que las multitudes son más crueles que los osos y los leones con sus propios hijos. Dios ha confiado las almas de los hijos al cuidado de los padres en la misma medida que sus cuerpos. Son ellos... quienes tienen que enseñar a sus hijos (Dt. 6:6-8; 11:19-20). Son ellos quienes tienen que catequizarlos y recordarles el estado de su alma, su necesidad de Cristo, la misericordia de la redención, la excelencia de la santidad y de la vida eterna. Son ellos quienes tienen que velar por los hijos con sabiduría, amor y diligencia para salvarlos de la tentación, de Satanás y del pecado, y dirigirlos mediante el ejemplo de una vida santa.

Pero, por desgracia, si enseñan a sus hijos a recitar el Credo⁵, el Padre-nuestro y los Diez Mandamientos, nunca los instruyen para que los comprendan. Nunca les recuerdan formalmente sus corrupciones naturales, la necesidad y el uso de un Salvador y un Santificador, del peligro del pecado y del infierno, del camino de una vida santa o del gozoso estado de los santos en gloria. Les enseñan su oficio y su negocio en el mundo, pero nunca cómo servir a Dios y ser salvo. Los reprenden por esas faltas que van contra sí mismos o contra su prosperidad en el mundo, pero las que son contrarias a Dios y a su propia alma, ¡ni las consideran! Si mediante su propio

⁵ **Credo** – *El Credo de los Apóstoles*, una declaración de fe de finales del siglo II.

ejemplo no les enseñan a vivir sin orar, a descuidar la Palabra de Dios, a maldecir, a decir palabras feas, a hablar obscenidades y a ridiculizar la vida santa... sí soportan en ellos toda esta impiedad. Se conforman con que pasen el Día del Señor en ocios y deportes, en lugar de aprender la Palabra de Dios y practicar su santa adoración para que puedan estar más dispuestos a realizar su trabajo la semana siguiente. En resumen, enseñan traicioneramente a sus hijos a servir a la carne, al mundo y al diablo... y a descuidar, por no decir menospreciar, a Dios el Creador, Redentor y Santificador de almas... De manera que su educación no es sino una enseñanza o permitir... bajo el nombre de cristianos, que se rebelen contra Dios y Jesucristo.

¿Acaso no es esto mayor traición y crueldad que si mataran de hambre sus cuerpos y los devolvieran desnudos al mundo? Sí, o que si los asesinaran y se comieran su carne. Si un enemigo hiciera esto no sería tan malo como si lo hiciera un padre. Más aún, considera si el diablo mismo no es menos cruel en sus esfuerzos por condenarlos de lo que lo son sus padres. El diablo no es su padre; no tiene relación alguna con ellos, no tiene el cargo de educarlos y salvarlos. Él es un conocido y renegado enemigo, y no se puede esperar nada mejor de él. ¡Pero que un padre y una madre descuiden, traicionen y anulen así el alma de sus hijos para siempre! ¡Ellos que deberían amar a sus hijos como a sí mismos y tener el más tierno cuidado de ellos! ¡Es una crueldad más que diabólica y desleal!

¡Arrepentíos, arrepentíos, asesinos apóstatas e inmisericordes de las almas de vuestros hijos! Arrepentíos por vuestro propio bien. Por el bien de ellos. ¡Enseñales... y diles lo que es el cristianismo! Les has transmitido una naturaleza pecaminosa; ayúdalos para que se instruyan en el camino de la gracia. ¿Pero cómo podemos esperar que tengas misericordia del alma de tus hijos si no la tienes de la tuya propia? ¿O cómo podrías ayudarlos a entrar a ese cielo que tú mismo menosprecias? ¿O salvarlos del pecado, que es tu propio deleite y oficio?

SAÚL: Tu queja es triste y justa. No obstante, en mi opinión los hombres creen que la enseñanza de sus hijos pertenece al maestro de escuela y al ministro solamente, y no a ellos.

PABLO: Los padres, los maestros y los pastores, todos tienen varias partes que realizar, y ninguno logra cumplir con su trabajo de forma beneficiosa sin el resto, *pero la tarea de los padres es la primera y la mayor de todas...* Un ministro debería encontrar a todos sus oyentes catequizados y educados en santidad para que la Iglesia pueda ser una Iglesia de verdad; sin embargo, si un centenar o muchos centenares de padres... echan su trabajo encima de un ministro, ¿crees que esto se llevará a cabo bien? ¿O sería de

sorprender que tuviéramos iglesias impías de cristianos profesantes que no son cristianos, que odian al ministro, su doctrina y una vida santa...?

Sé que todo esto no excusará a los ministros de hacer lo que puedan por personas así. Si les envías a tus hijos... ignorantes e impíos, deberán hacer lo mejor que puedan. ¡Pero qué mayor bien podría hacer y qué cómodo sería su llamado, *si los padres hicieran su parte!*

Mucho se habla de la maldad del mundo y no hay hombres (excepto los malos gobernantes y los malos pastores) que hagan más por empeorarlo que los malos *padres*. La verdad es que son instrumentos del diablo (como si éste los contratara) para traicionar las almas de sus familias entregándolas a su poder y conduciéndolas al infierno con mayor ventaja de la que tendría un extranjero o *que el diablo en su propio nombre y a su manera*. Muchos de los que piden la reforma de la Iglesia y la del estado, son ellos mismos las plagas de los tiempos y *ni siquiera pueden reformar una pequeña familia*. Si los *padres* reformaran a sus familias y acordaran una educación santa para sus hijos, la Iglesia y el estado quedarían pronto reformados al ser constituidos por tales familias reformadas.

SAÚL: Te ruego que me resumas tales instrucciones por escrito como mejor te parezca, con respecto a la totalidad de mi deber para con mis hijos, y así podré hacer mi parte. Y si alguno de ellos perece, su condenación no será culpa mía.

PABLO: ... *Que la enseñanza que les impartas con este fin incluya las palabras, el significado, los debidos afectos y la práctica*. Es decir: (1) Enséñales las palabras de... el Credo⁶, el Padrenuestro, los Diez Mandamientos y del catecismo, así como los textos de las Escrituras que tengan el mismo sentido. (2) Enséñales el *significado* de todas esas palabras. (3) Añade también algunas convicciones familiares y sinceras, así como motivos que agiten en ellos unos afectos santos. (4) Y muéstrales la forma de *practicarlo* todo.

Ninguna de estas cosas te servirá sin el resto. (1) Si no enseñas las formas de palabras íntegras o sanas, los privarás de una de las mayores ayudas para el conocimiento y la solidez en la fe. (2) Si no les enseñas el significado, las palabras no tendrán utilidad alguna. (3) Si no estimulas sus afectos, todo esto no será más que una opinión muerta y tenderá a ser una especie de religión de soñadores y habladores, apartada del amor de Dios. (4) Y si no los conduces a la práctica de todo lo que antecede, se fabricarán una religión de afectos celosos corrompidos por una vida común o que pronto muere por falta de combustible. Por tanto, asegúrate de proporcionarles todo esto... Cuando les enseñes las palabras de las Escrituras y el catecismo, que sea de una forma *clara*, y entremezcla con frecuencia pre-

⁶ El lector puede optar por usar la *Confesión de Fe* de su iglesia.

guntas y discursos familiares sobre la muerte, el juicio, la eternidad y las distintas preparaciones para enfrentarse a todo ello. Hay muchos que profesan [ser cristianos] y que enseñan a sus hijos a adoptar el camino de escuchar, leer, repetir sermones y juntarse en constante adoración, pero es evidente que todo esto es sólo una formalidad acostumbrada porque carece de algún discurso o conversación familiar —serio y de avivamiento— interpuesto de vez en cuando.

Para esto, (1) Trabaja con el fin de proveerles la mayor reverencia a Dios y a las Sagradas Escrituras. A continuación, muéstrales la Palabra de Dios respecto a todo lo que tú quieras que ellos sepan y hagan, porque hasta que sus conciencias no estén bajo el temor y el gobierno de Dios, no serán nada. (2) No les hables nunca de Dios y de las cosas santas, a menos que lo hagas con la mayor gravedad y reverencia, de modo que les pueda influir, tanto tu *manera* de hacerlo como el *asunto* que tratas. La razón es que, si se acostumbran a la ligereza, la broma o a jugar con las cosas santas, se endurecerán y estarán perdidos. (3) Por tanto, evita ese tipo de frecuencias y la formalidad en los deberes que carecen de importancia porque tienden a endurecerlos en la inercia y el desdén. (4) Verifica a menudo lo que saben, qué los afecta y qué han decidido; lo que hacen tanto en su práctica pública como en secreto. No los dejes con descuido a merced de sí mismos, sino vigílalos estrechamente.

Usa toda tu destreza y tu diligencia, de palabra y hecho, para que una vida santa les parezca el tipo de vida más honorable, provechoso, seguro y agradable del mundo, que pueda ser su deleite constante. Todo tu esfuerzo consiste en hacer que las cosas buenas les resulten gratas. Impide que sientan la fe cristiana como una carga o que la consideren algo vergonzoso, inútil o desagradable. A tal fin, (1) empieza y mezcla las partes más fáciles, como la historia de las Escrituras⁷. La naturaleza se complace antes con la historia que con el precepto, e insinúa, dulcemente, el amor por la bondad en la mente de los hijos... (2) Habla mucho de la alabanza de los hombres santos antiguos y posteriores porque la alabanza debida de una persona atrae a la misma causa y camino. Y habla también de la justa deshonor que pertenece a aquellos necios y bestias que son los despreciadores, burladores y enemigos de la piedad. (3) No los abrumes con aquello que por su calidad o cantidad no puedan soportar. (4) Explícales bien la riqueza de la gracia y el gozo de la gloria. (5) Ejercítalos mucho en los salmos y la alabanza.

Deja que tu conversación y tu conducta tiendan a desacreditar la sensualidad, la voluptuosidad⁸, el orgullo y la mundanidad. Cuando los necios elogien el

⁷ **Historia de las Escrituras** – Porciones de las Escrituras que son narrativas o relatos.

⁸ **Voluptuosidad** – Incitación, satisfacción o adicción de los placeres de los sentidos, especialmente el sexual. Concupiscencia, lujuria, erotismo.

lujo ante sus hijos, tú señalales a los tuyos que el orgullo es el pecado del diablo; enséñales a desear el lugar más humilde y a ceder su sitio a otros. Cuando les hablen de riquezas, casas elegantes y ascensos⁹, adviérteles que estas cosas son los cebos del diablo mediante los cuales le roba a Dios el corazón de los hombres para que puedan ser condenados. Cuando otros los mimen y complazcan sus apetitos, diles a menudo lo bajo y sucio que es comer y beber más por apetito que por la razón. Y esfuérzate así en hacer que el orgullo, la sensualidad y la mundanalidad les resulten odiosos. Haz que lean con frecuencia Lucas 12:16, 18, Santiago 4 y 5, Romanos 8:1-2 y Mateo 5:1-21 y 6.

Con sabiduría ve quebrantando sus propias voluntades y hazles saber que deben obedecer y amar la voluntad de Dios y la tuya. La voluntad propia del hombre es el gran ídolo del mundo y entregarse a ésta es algo próximo al infierno. Señálales lo odiosa y peligrosa que es la terquedad. No permitas que su dieta consista en lo que ellos tengan en mente y tampoco los obligues a aquello que odian... Déjales tener, con moderación, aquello que sea íntegro... ¡Difícilmente se vence un apetito corrupto, fortalecido por la costumbre, con toda la enseñanza y el consejo posible! Sobre todo, no permitas que se acostumbren, cada vez más, a la bebida fuerte porque es una de las mayores trampas para la juventud. Conozco a algunos padres “sabios” (isabios en ampliar la ruina eterna del alma de sus hijos!) que siguen afirmando que cuanto más intentan refrenarlos, mayor será la avidez con la que la busquen cuando tengan libertad. ¡Infelices los hijos que tengan semejante padre! Como si la experiencia de todo el mundo no nos hubiera dicho ya, hace mucho tiempo, que la costumbre aumenta la rabia del apetito y que, mediante la costumbre, la moderación se convierte en un hábito... Aquellos que les enseñan sobriedad [a sus hijos] con la copa bajo la nariz o moderación ante un banquete constante o una mesa llena de comida deliciosa —y eso en su imprudente¹⁰ juventud— merecen ser contados entre los maestros del diablo y no con los de Dios.

Por tanto, si sus fantasías reposan con avidez en cualquier vanidad, niegasela y explíqueles por qué. No los acostumbres a tener lo que quieran; hazles saber que eso es precisamente lo que el diablo desea de ellos para que puedan ver satisfecha su propia voluntad carnal. Pero deben orar a Dios: “Hágase tu voluntad” y negar la suya.

Al amar sus almas, mantenlos tan lejos como puedas de las tentaciones. Los niños no están preparados para luchar contra las fuertes tentaciones. Su salvación o su condenación dependen en gran manera de esto. Por consiguiente, mi corazón se derrite al pensar en la desgracia de dos tipos de

⁹ **Ascensos** – Progresos en el estatus o en la posición de la vida.

¹⁰ **Imprudente** – Que demuestra poco juicio y poca sabiduría.

personas: (1) Los hijos de los paganos, infieles, herejes y malvados, a quienes se les enseñan los principios del pecado y de la impiedad desde su más tierna infancia, y quienes escuchan cómo se hace burla y se reprocha la verdad y la piedad y (2) los hijos de la mayoría de los grandes hombres y caballeros cuya condición hace que les parezca necesario vivir en esa plenitud continua... que representa tan firme tentación diaria para que sus hijos cometan los pecados de Sodoma: Soberbia, saciedad de pan y completa ociosidad (Ez 16:49). Para ellos es tan difícil ser personas piadosas y formales como para quienes se crían en teatros, cervecerías y tabernas. ¡Qué desgracia! ¡Pobres hijos que han de obtener su salvación con la misma dificultad con la que un camello pasa por el ojo de una aguja! No es de sorprender que el mundo no sea mejor cuando los ricos deben ser los gobernantes del mismo, personas cuya forma de actuar fue descrita por Cristo y Santiago (Lc. 12:19; 16:1-31; Stg. 5:1-6).

Por tanto, asegúrate (1) de educar a tus hijos con una dieta moderada y saludable; y aparta de ellos los alimentos tentadores y, en especial, las bebidas. (2) Críalos en el trabajo constante, que nunca dejará la mente o el cuerpo ociosos, sino a las horas de recreo necesarias que tú les permitas. (3) Deja que sus esparcimientos tiendan más a la salud de su cuerpo que a la diversión de una imaginación corrompida; no les permitas jugar por dinero, [leer] libros de romance y [escuchar] necios relatos y baladas¹¹ lascivas. Sé tú quien limita su tiempo [de ocio] y no permitas que sea más de lo que necesita su salud y su trabajo... (4) Que su atuendo sea sencillo, decente y cálido, pero no llamativo [ni que se arreglen de forma] que indique orgullo ni tienta a las personas a ello¹². (5) Asegúrate, cuando vayan creciendo hacia la madurez, de protegerlos de las ocasiones, de la cercanía o de la familiaridad con personas del sexo opuesto que sean una tentación.

Ten la precaución de mantener a tus hijos en buena compañía y protégelos cuanto puedas de las malas. Antes de que te des cuenta, los hijos impíos los infectarán con su lengua y sus prácticas perversas: Les enseñarán con rapidez a beber, a jugar y a hablar de manera obscena, a decir palabrotas, a burlarse de la piedad y la sobriedad y la naturaleza corrompida es como la yesca! Sin embargo, la compañía de muchachos y siervos formales y piadosos los acostumbrarán a un lenguaje sobrio y piadoso, y fomentará en ellos el conocimiento y el temor de Dios o, al menos, los apartará de grandes tentaciones.

Que todo lo que hagas con ellos sea con amor y sabiduría: No les permitas tanta familiaridad contigo que pueda producir desprecio y tampoco seas

¹¹ **Necios relatos y baladas lascivas** – Historias y canciones ilícitas, violentas y/o sexualmente inmorales.

¹² Ver Portavoz de la Gracia N° 22: *Ropa Modesta* y *La modestia cristiana*, disponibles en CHAPEL LIBRARY.

tan distante de ellos como para tentarlos a no amarte y no sentirse a gusto en tu compañía. Deja que perciban el tierno corazón de un *padre*, que se sientan amados por ti y que vean que todo tu consejo y gobierno es para bien suyo y no para tus propios fines o tus pasiones...

Mantén una vigilancia especial sobre su lengua, en especial contra las cosas obscenas y la mentira. Y es que las corrupciones peligrosas logran rápidamente el dominio de este modo.

Enséñales a darle un alto valor al tiempo. Diles lo precioso que es debido a la brevedad de la vida del hombre, de la grandeza de su obra y de cuánto depende la eternidad de estos momentos inciertos. Esfuérzate en conseguir que la pérdida de tiempo les resulte odiosa. Presenta la muerte ante sus ojos y pregúntales con frecuencia si están preparados para morir.

Permite que la corrección se use con sabiduría, conforme la necesiten; ni con tanta severidad como para causarles desafecto hacia ti ni con tan poca como para dejarlos en un ciclo de pecado y desobediencia. Que sea siempre en amor y más por pecar contra Dios que por asuntos mundanos. Y muéstrales versículos en contra del pecado y a favor de la corrección...

Ora fervientemente por ellos y encomiéndalos a la fe en Cristo... Ve delante de ellos como ejemplo santo y sobrio, y deja que tu práctica les indique cómo quieres que ellos sean, sobre todo en la representación de la piedad como algo deleitable y en vivir con la gozosa esperanza del cielo.

Estos son los consejos que te recomiendo con fervor en esta importante tarea. No obstante, debes saber que las almas de tus hijos son tan preciosas y que la diferencia entre el bien y el mal tan grande, que nada de esto te parezca demasiado. Sin embargo, así como te gustaría tener ministros que no se rindan en el cargo que desempeñan, también debes hacerlo tú, sabiendo que un padre mudo y ocioso no es menos excusable que un ministro infiel, mudo y ocioso. El Señor te de la destreza, la voluntad y la diligencia para practicar todo esto porque para mí, la debida educación de los hijos es una de las tareas más necesarias y excelentes del mundo.

Tomado de "The Poor Man's Family Book" (El Libro de la familia del hombre común) en *The Practical Works of the Rev. Richard Baxter* (Las obras prácticas del rev. Richard Baxter), Tomo 19 (Londres: James Duncan, 1830).

Richard Baxter (1615-1691): Predicador y teólogo puritano y anglicano que nació en Rowton, Shropshire, Inglaterra.

LA ORACIÓN DE UN PADRE

George Swinnock (1627-1673)

Le pido a Dios que la Palabra de Cristo more ricamente en mi corazón y en mi casa, que toda mi familia pueda recibir cada día su menú de este alimento espiritual. ¿Cómo puedo esperar que los hijos... que no conocen al Dios de sus padres, lo sirvan con un corazón perfecto? (1 Cr. 28:9). Desafortunadamente, ¡con cuánta frecuencia sus corazones ignorantes (como sótano oscuro donde abundan los bichos) están llenos de pecado! ¡Ojalá pueda yo hablar de la Palabra de Dios en mi casa, cuando me acueste y cuando me levante, de tal manera que se escriba en los dinteles de mi hogar y en mis puertas (Dt. 6:7-8), que yo pueda regar las jóvenes plantas que hay en ella con tanta frecuencia que su primera relación pueda ser con Dios y que desde su infancia puedan conocer las Sagradas Escrituras y ser sabios “para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 3:15)!... Aunque otros trabajan para dejarles una buena herencia a sus hijos, que mi esfuerzo sea por dejar un legado de piedad a los míos. Señor, capacítame para que pueda enseñarles tu camino en su juventud y, así, no se aparten de él, aun cuando sean viejos (Pr. 22:6); que los años de su juventud bajo una buena dirección sean como la suavidad de una rosa, cuyo aroma permanece en los pétalos secos.

Ruego que todas las voces de mi hogar puedan cantar [en armonía] las alabanzas a Dios, pero que no suenen como las trompetas y las flautas que sólo se llenan de viento, sino que sus corazones sean inamovibles y que estén preparados cuando canten y alaben... Los borrachos tienen cantos con los que se burlan de los buenos; los ateos tienen sus sonetos que deshonran al bendito Dios; ¿por qué no habría voz de júbilo y regocijo en el tabernáculo de los justos? (Sal. 118:15). Aunque mi casa sea un tabernáculo y todos sus moradores viajeros, nuestra obra es agradable. Avancemos con alegría y que los estatutos de Dios sean nuestros cánticos en este hogar de nuestra peregrinación.

Ya que un patrón de maldad sería más perjudicial para mi familia que el bien que puedan hacer mis preceptos —los hijos son más proclives a dejarse guiar por el ojo que por el oído—; por ello, deseo poner atención a mí mismo, sopesar y observar todas mis palabras y hechos, no sólo por mí, sino también por el bien de los que han sido encomendados a mi cuidado... Que yo pueda, por tanto, ser precavido en todos mis caminos y ser tan formal en lo *espiritual* [mis acciones], tan sobrio en los actos *naturales*, tan justo hacia los hombres, tan devoto hacia mi Dios, tan fiel en cada relación

y tan santo y celestial en cada condición que pueda tener motivos para decirles a mis hijos y mis siervos, lo que Gedeón declaró a sus soldados: “Miradme a mí, y haced como hago yo” (Jue. 7:17).

Mi oración es que mi hogar, no sólo pase una parte de cada día de la semana al servicio de mi Dios, sino también todo el Día del Señor. Es un privilegio especial que el Señor me ha concedido para beneficio de mi familia, donde puedo ser especialmente útil para los míos y para la felicidad eterna de mi casa. Que no se pierda ni se profane la más mínima parte de ello dentro de mis puertas por la labor mundana, los pasatiempos o la ociosidad, sino que pueda tener tan presente mi cargo como para cuidar de que mis hijos... se abstengan de lo que mi Dios prohíbe y pasen todo ese día sagrado dedicándose a los sacros deberes. Con este propósito deseo que toda mi casa, varones y hembras, pueda comparecer [si tienen la capacidad necesaria] delante del Señor en público y alabarlo en su templo y que, en privado, pueda yo afilar la Palabra sobre ellos (como el segador hace con su guadaña), repitiéndola una y otra vez, según el precepto (Dt. 6:6-7). Señor, haz que en tu día mi casa sea como tu casa, dedicada tan solo a tu adoración. Y que tu presencia misericordiosa nos ayude en cada ordenanza para que la gloria del Señor pueda llenar la casa.

Suplico que pueda manifestar mi amor a las almas que componen mi familia al manifestar mi enojo contra sus pecados. Mi Dios me ha dicho: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado” (Lv. 19:17)... Si soportara la falta de santidad en mis hijos, los estaría criando para el infierno. Esos pecados del más profundo color púrpura son, muchas veces, los que se tiñen en la lana de la juventud. ¡Cuántos dolores lamentables padecen muchos al llegar a la vejez por las caídas que tuvieron en su juventud! No permitas jamás que, como Elí, honre a mis hijos... por encima de mi Dios, no sea que Él juzgue mi casa para siempre... porque mis hijos se envilecieron y yo no los refrené. Señor, no me dejes ser tan ingenuo ni tan necio como para matar a alguno de mi familia con una bondad que condena el alma, sino que mi casa sea como tu arca, donde, no sólo pueda hallarse la vasija de oro del maná, las instrucciones oportunas y beneficiosas, sino también la vara de Aarón, la reprensión y corrección adecuada y apropiada.

Te pido que jamás exponga a mi familia a las insinuaciones de Satanás, permitiendo la pereza en alguno de sus miembros, sino que yo pueda estar ocupado en mi vocación particular y vea que los demás son diligentes en sus distintas posiciones. El zángano perezoso se deja atrapar rápidamente en el vaso untado de miel y muere, mientras que la atareada abeja evita la trampa y el peligro. Haz que yo y los míos podamos estar siempre tan ocupados en la obra de nuestro Dios que no tengamos tiempo de ocio para escuchar al malvado... Señor, tú le has confiado un talento u otro a cada

persona dentro de mi hogar, para que lo use; haz que yo y los míos trabajemos y nos ocupemos en esto y busquemos el reposo en el mundo venidero.

Ruego que se fomenten la santidad y la pureza en mi casa y que yo pueda tener el cuidado necesario para mantenerla en paz. Nuestros cuerpos se desarrollarán en las fiebres como nuestras almas en las llamas de la lucha. Mediante las granadas de la discordia, Satanás esperará conseguir con el tiempo la guarnición. “Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa” (Stg. 3:16). ¡Ojalá que el amor (que es el nuevo mandamiento, el antiguo y, en realidad, todos los mandamientos) pueda ser el uniforme de todos los que componen mi familia!... Porque el matrimonio es una comunión de la unión más cercana y la compenetración más entrañable de este mundo y porque el fruto de la fe cristiana crecerá en mayor cuantía si es amado por el dulce aliento y el cálido vendaval del amor en esta relación. Te ruego Señor que tú permitas que mi esposa sea para mí como la cierva amorosa y la agradable corza. Que siempre me sienta embelesado con su amor (Pr. 5:19). Que no haya provocación sino al amor y a las buenas obras. Que nuestra única lucha sea por ver quién será más activo en el servicio a tu majestad, fomentando el uno la felicidad eterna del otro. Capacítanos para llevar el uno las cargas del otro y cumplir así la ley de Cristo (Gá. 6:2) y para morar juntos como coherederos de la gracia de la vida para que nuestras oraciones no sean estorbadas.

En una palabra, mi ruego es temer al Señor con toda mi casa como hizo Cornelio (Hch. 10:1-2) y gobernarla, así, según la Ley de Dios, para que todos en ella estén bajo la influencia de su amor y sean herederos de la vida eterna. Señor, pido que te sientas complacido en ayudarme y prosperarme en la administración de esta gran y sólida responsabilidad, para que mi casa pueda ser la tuya... mis hijos los tuyos... y que mi mujer sea como la esposa de tu amado Hijo, para que cuando la muerte nos dé sentencia de divorcio y rompa nuestra familia, podamos cambiar nuestro lugar, pero no nuestra compañía. Permite que todos seamos ascendidos de tu casa de oración aquí abajo a tu casa de adoración en el cielo, donde nadie se casa ni se da en casamiento, sino que todos son como los ángeles (Mt. 22:30), siempre complaciendo, adorando y disfrutando de tu bendito Ser, “de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Ef. 3:15) y a quien sea la gloria, la obediencia sincera y universal por los siglos de los siglos. Amén.

Tomado de “The Christian Man’s Calling” (El llamamiento del hombre cristiano) en *The Works of George Swinnock* (Las obras de George Swinnock), Tomo 1, The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.